

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sábata.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—Eugenio d'Ors.—J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Eofarull.—J. Bosacoma y Pou.—Luis Jover Nunell.—
♦ ♦ Julio Bassols.—Carlos Creuhet ♦ ♦

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos

Número suelto 25 céntimos

PAGO ANTICIPADO

Año VI

Barcelona 24 de febrero de 1912

Núm. 229

SUMARIO

Eugenio d'Ors y su obra, por R. RUCABADO.
Sobre «Religio est Libertas», carta abierta, por X. (traducción).

ANTOLOGÍA

Extractos de los trabajos siguientes:
Glosari, 1911, y anteriores.
El residuo en la medida de la Ciencia por la Acción.
Nota sobre la Curiosidad.
Religio est libertas
Los fenómenos irreversibles y la concepción entrópica del universo.
La fórmula biológica de la lógica.
Memoria sobre el Método en la Ciencia.
Lecciones sobre la Atención.
La Kuerte de Isidro Nonell.
«La Ben Plantada».

y artículos de la «Revista de Educación», «Ciutat-Nadal-Reis» y «Almanach dels Noucentistes».

Agradecemos á la amabilidad de amigos y colaboradores nuestros las traducciones de los fragmentos que componen la antología. Y recomendamos á los que deseen mayor información sobre la personalidad filosófica de D. Eugenio d'Ors los trabajos siguientes, publicados en «CATALUÑA» el pasado 1911.

EUGENIO D'ORS:

«El renovamiento de la tradición intelectual catalana», n.º 170-171, pág. 2; «Una contribución á la filosofía», n.º 175, pág. 81; «Glosario: Europa»,—á Ramiro de Maeztu», (traducción) n.º 180, pág. 171; «Doce glosas de filosofía» (trad. con notas originales) n.º 192, página 372. —Vide también las notas sobre Bernat Metje y Ramón Sabiuda, en nuestro extraordinario 222-223, de Enero 1912; y el artículo de D. J. FARRÁN MAYORAL: «La filosofía del Hombre que trabaja y que juega», número 193, pág. 369.

En preparación:

Número especial dedicado á

♦ Los estudios americanistas ♦

♦ MARAGALL ♦

Artículos de Jordá, López Picó, Rucabado, etc.

Número especial ilustrado dedicado á

La obra cultural de la Diputación de Barcelona

Número especial ilustrado dedicado á

Las Escuelas de Comercio en el Extranjero y la futura Escuela de Barcelona

Antología filosófica de Eugenio d'Ors

Eugenio d'Ors y su obra

«El Ritme interior que férreament me governa»

Xenius-Glosario-Vol. I, pág. 394.

El estudio desde el punto de vista moral de la obra de Eugenio d'Ors y del provecho espiritual que las nuevas generaciones catalanas le deben es tarea que me ha seducido siempre, pero cuya importancia requiere fuerza y madurez superiores á mis facultades. Por fortuna el valor filosófico base de dicho estudio, ha sido ya designado por uno de los mas esclarecidos espíritus de la Cataluña actual, pero al reportar sus juiciosas palabras (p. 108) deseamos aún con mayor ansiedad que el Ors educador nacional, tenga su Juan Bautista que le señale como el Enviado para saciar y guiar á un pueblo inquieto de renovaciones y sediento de luz, con voz tan fuerte y resonante que ningún corazón deje de estremecerse.

Esta misión de enseñar primero á respetar, luego á admirar, y por último á seguir la integridad espiritual y educativa de Ors, deviene cada día más urgente, toda vez que las mal disimuladas enemistades hijas del desconocimiento y del sectarismo empiezan á desbordarse, y á las cuales no son dique suficiente la admiración solo parcial que á Ors profesan muchos. A un espíritu tan rico y tan soberano dominador de actividades, con respetarle por príncipe de las letras creen muchos acatarle lo bastante para que se crean dispensados de saludarle como filósofo y aún como educador. Y sin embargo poco valdría aquella maestría en el arte de la expresión, sino diese forma corpórea á un caudal poderoso y vivificador no ya solo ideológico, sino soberanamente moral.—Inducido á confeccionar, á pesar de las dilaciones que este número ha sufrido, casi de repente este prólogo, lamento no poder ni siquiera suplir con tiempo y mejor estudio algo de la insuficiencia de mis fuerzas.

Se han acumulado encima de nuestro primer pensador los mas insensatos juicios. Se le ha acusado de corruptor de juventudes, de sembrador de frivolidades, educador de dilettanti, sensual y voluptuoso esteta, transtornador de conciencias, agitador moral, importador de novedades, cultivador de irreverencia y, naturalmente, de hereje. Su obra es tenida como obra de revolución, cuando todos sus valores, lo mismo como inquietador de voluntades que como sembrador de ideas, como filósofo y como educador, como esteticista y como moralista, responden á un solo valor, convergen á una sola idea directora, la de RESTAURACIÓN.

Ha espantado, en efecto, á los timoratos, la prodigiosa curiosidad y la universal codicia del espíritu de Ors, y aun creyendo benévolamente juzgarle, han atribuido á exótico comercio también lo que es genuina producción de su genio personal. Su diaria conquista de un nuevo botín, este aportar cotidianamente á la costa los más impensados tesoros, ha escandalizado á las almas placidamente usufructuarias de un modesto peculio espiritual provinciano.

En nuestro país, en que la austeridad se interpreta por inmovilidad y limitación de facultades y de sensaciones un caso tan formidable de curiosidad y de inquietud ha engendrado perturbación. Esta agilidad extraordinaria, este descubrir constante de nuevos territorios materiales y anímicos, este florecer maravilloso y diverso, produce el efecto de un hechizo.

La turbación, es, realmente el primer efecto pasivo, de su contacto. Ors arroja de un golpe al agua los tímidos y los ingenuos, pero, maestro sabio y honrado, pasado el instante de la inmersión, estos se sienten cogidos por férrea mano que les sostiene sobre las olas y les comunica el ritmo corporal y la sereni-

dad de ánimo que las hará dominadoras de ellas.

Perosololosverdaderamente ingenuos y limpios de malicia han podido sentir la mano enérgica y amorosa que les conduce seguros. Es imposible entenderse hablando del maestro y de su obra, sin despojarse previamente de todo lastre vicioso de malicias rusticas.

* * *

La curiosidad, la multiplicidad de atención es en Ors un impulso vital, necesario al sentido de sus ideas y normas. No ha querido que *nada del espíritu le fuese extraño*, —lo acaba de confesar recientemente— y en esta voracidad está el arraigo y fundamento de su misma fuerza moral. Quien sobre una montaña de sensibilidad edifique un castillo de continencia, Maestro será de virtud, con mayor fortaleza y autoridad, y por lo tanto con mayor eficacia. Y tanto más segura y definitiva será la orientación que tome, si sabe desplegar su espíritu con sutileza tal que conozca y saboree todo lo que hay de humano y *todo lo que hay de eterno* en las mas diversas esferas, y sepa por lo tanto encontrar su substancial motivación. Substancial motivación ha sabido hallar, y sabor de humanidad ha paladeado Ors con su *gourmandise d'esprit*, lo mismo en la vida, á la vez sabia y pícarasca del perfumado y empolvado astrónomo Halley, que en la vida obscura y tragica de modestísimo inventor, de Bernardo Pallissy, en la dolorosa y activa resignación de artista olvidado, de Eugenio Carrière, en la intensísima y gloriosa voluntad y esfuerzo de Napoleon Bonaparte, y en el sencillo vivir y oscuro morir del anónimo trabajador barcelonés que corregía con solicitud y amor sus pruebas de imprenta. En todas hay un *ritmo* y una *profesión*: una voluntad disciplinada y una adhesión fecunda, tenaz, inseparable, á una obra, capaz de llegar al sacrificio para ella. Labor de *dominación*, labor de *adhesión*, labor de imperio del Espíritu sobre la voluntad y sobre todas las facultades y resistencias, sobre la naturaleza, sobre el ambiente (Ors ha insistido especialmente en la vacuidad de este tan socorrido pretexto), que lo mismo florece con los finos encajes de un Buffon que con el chaleco de pana del ignorado escultor que vende por Santa Lucía, las *figuretes de pessebre* en que una Tradición artistica popular es conservada á pesar de todas las falsificaciones y corrupciones de la tradición, del arte y de los gustos populares.

Aquella curiosidad es una voluptuosidad del espíritu, sí, pero es también y, en el fondo, una exigencia de ritmo, una simpatía por el ritmo. Y ¡que enorme fuerza moral no contiene esta lección incansable de Ritmo en aplicación constante, en *contraste* permanente con la diversísima realidad objetiva y con la no menos múltiple esfera de lo

personal y subjetivo! Y el Ritmo es la fuerza contraria al instinto, contraria á la máquina: es el gobierno del espíritu, pero no con expansión de potencial, sino con limitación, con sujeción á algo exterior, mas alto y más puro: *el Ritmo supremo*.

Este ritmo, esta férrea medida interna, es lo que instruye é infiltra á las nuevas generaciones de Cataluña su imperialismo doctrinal y personal. Es un ligamento enérgico y duro que lo refiere todo y todo lo rima con una fuerza centripeta. En Ors todo se ordena y clasifica: su universal atención no es la universal superstición de un panteísta, no es la insulsa fruición de un panfilista, sino la visión inflamada y ordenada, franca y firme, del que percibe todas las cosas *según la Armonía*. Nada de tan armónica estructura como el conjunto del «Glosario», á pesar de la extraordinaria variedad. No hay allí ni una sola palabra, ni una sola idea, ni un solo nombre que no tenga alguna utilidad esencial, que no esté subordinada al Pensamiento general del edificio.

Merced á dicha subordinación á la Armonía infinita, Ors posee—y es según sentencia de quien puede mucho mejor que yo percibirlo y juzgarlo, la más alta prueba de su superioridad—el sentido de la clasificación de las cosas: sabe de cada objeto, de cada idea, de cada principio, el lugar que le corresponde en el armario interno del espíritu, y puede invadir todo dominio inexplorado conociendo perfectamente su proporcional valor y peso en el plano del espíritu y del mundo. Esta intervención y subordinación de todo á una idea absoluta y exterior en presencia de la Armonía, es un vivir para el cual existe ya una fórmula: *la vida religiosa*, queriendo decir con esto: la intervención constante de la religión en la vida, la *restauración* de la religión en la vida.

* * *

Debemos invitar á todos los que con ligereza y precipitación le juzgan y aprecian, quieran meditar con detención hacia qué punto tienden invariablemente á convergir estas líneas diversísimas de la actuación de Eugenio d' Ors. Sigase con *limpieza de corazón* su trayectoria y veremos que toda la construcción científica de Ors,—creación cuya trascendental originalidad y vastas proporciones bien pocos han advertido,—tiende á desvanecer el terrible fantasma de la Ciencia dogmática, de la ciencia orgullosa, de la ciencia *viciosa* y antihumana, que saliéndose de su esfera había profanado impudicamente algo muy sagrado en el corazón del hombre.

Y así, la aportación de nuestro filósofo al progreso de la Ciencia universal es precisamente una posición que él mismo ha llamado de «*librepensador de la ciencia*».

La actitud de Ors, restaurando los derechos, no ya del espíritu en general, sino del espíritu *religioso*, y más concretamente los derechos de la Creencia, debe merecer de todas las almas honestas, sinceras y especialmente *religiosas*, reconocimiento fervoroso. Su «*Residuo en la medida de la ciencia por la acción*» reivindica la existencia de algo vivo y

activo en la Ciencia, que la noción meramente económica utilitaria del raciocinio no alcanzará jamás á cubrir; en la «*fórmula biológica de la lógica*» al tender á demostrar la naturaleza biológica de esta función intelectual, no hace más que abrir brecha en el dogma revolucionario de la Soberanía de la Razón humana. En «*los fenómenos irreversibles*» anuncia gozosamente el fin del viejo sofisma de la conservación de la Energía, y su sustitución por la teoría de la concepción entrópica del Universo según la cual la Energía *crece ó decrece*, es decir: es *corruptible*, y supone, por lo tanto, un Fin... Y en «*Religio est Libertas*» y en la «*Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega*» separa de la libertad humana irreductible los sentimientos mismos, exteriores al Hombre, y reservando allí el patrimonio inalienable donde puede fincarse la Fé, escapada á la confiscación que el pragmatismo había hecho del sentimiento religioso.

¿No veis, pues ahora como la labor de Eugenio d' Ors en el terreno científico representa la salvación de la tierna criatura humana, del incendio científico? Es la ciencia retrocedida á sus límites, intervenida, *moralizada*, no tirana del hombre, sino servidora. ¿Quién no ve aquí la Restauración de la libertad cristiana por encima del frenesí racionalista, la restauración del patrimonio de la Fé super-racional á despecho de la voluptuosidad materialista, y la regeneración de la ciencia misma por medio del Ritmo y de la Armonía, *subordinándola, clasificándola, inventariándola* en la vida humana?

* * *

Acaso en tierras hispánicas jamás espíritu alguno había, como Xenius, poseído una sensibilidad estética tan vasta y tan potente. Yo creo que es un beneficio que no hemos apreciado todavía lo suficiente, el poseer la raza catalana una personalidad dotada de una curiosidad tan aguzada y de una percepción tan múltiple, tan fina y delicada, por cuyo tamiz intelectual haya pasado casi todo cuanto el hombre ha hecho. Lo más admirable es que nuestra mentalidad heredará de Ors una asimilación de la cultura universal, ya digerida por una crítica tan poderosa como honrada. Esta será la gloria indiscutible de aquella labor *informativa*, que no ha querido que ningún valor humano, ningún juego intelectual, ninguna emoción estética vivida por hombres escape á su juicio, deje de ser *clasificada*, inventariada en el nuevo Archivo espiritual de la Raza catalana.

El sensualísimo y disciplinadísimo temperamento de Ors ha elaborado en él la fina sensibilidad de un artista italiano del Renacimiento, combinada con la soberana continencia, la precisión cuidadísima de un Jules Renard, de un Carlos Baudelaire. Es preciso admirar su constante busca de un ideal de concisión, y agradecer el habernos enseñado á amar el Aticismo, inclinando con afán de proselitismo á los jóvenes, hacia la justeza de expresión, la forma clásica, la belleza helénica.

La estética, la Forma, es en Ors tan esencial que es una de las bases de su filosofía, fundada por decirlo así en la

LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS
:: SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR ::
SALVADOR BABRA-Méndez Núñez, 11

acción moralista, humanizadora, del Ritmo. La ciencia, la filosofía, no debe dejar nunca de ser estética, de ser amable, de ser sonriente á la vida, pues *para la vida es*. El ha restaurado por consiguiente el valor de la Elegancia, también en sentido integral, como *garantía afectiva* del trabajo (véase más abajo), como *valor social*.

Este profundo contenido moral del Ritmo, hijo de la estética clásica, engendradora de serenidad, aplomo, dignidad, orden, es por sí solo educador. Es incompatible de todo punto con el *pathos*, lo pasional, lo indómito, la libre expansión de las fuerzas naturales, la libertad del instinto, la violencia, la perversión. De esta preponderancia de la estructura externa deduce la eficacia de las acciones periféricas, la influencia de la forma sobre el fondo, de la apariencia sobre la esencia, del nombre sobre la cosa. Por esto es partidario de todo lo que se funde en expresiones plásticas: rito, simbología, ceremonia, artes gráficas, fórmula, imagen, música, danza. Por esto es fervoroso devoto de definiciones, de medidas: porque definición quiere decir *límite, perfil, volumen*, forma de las cosas.

Es decir, siempre disciplina, intervención, ordenación, ritmo. Y todo esto es para nosotros tradición, nada más que tradición: la norma de una estética que no se aprende en libros ni se importa ni adquiere: despierta en nuestra sangre con solo mirar hacia Oriente desde nuestras playas y costas: es el Mediterráneo que nos la lleva en su ondear, en su luz, en su aire, en su olor.

Terra dabit merces, undaque divitias. ¿Cómo adquiere aquí nuevo sentido esta vieja divisa de navegación catalana! Es, en efecto, al mar, á nuestro mar, á quien debemos los tesoros de imágenes y de emociones, que Ors desembarca de su nave dichosa, encadenadas ya como esclavas, selladas, intervenidas por su espíritu, distribuidas en admirable sentido de utilidad, y alejado de las mismas todo peligro de esterilidad y de vanidad. En cada fruición, una lección. Al través de crónicas, viajes, fiestas, salones, ciudades, espectáculos, la Eternidad va, de palpitación á palpitación, pasando y dejando huella en nuestro espíritu. Si es la silueta del danzarín Nijinsky, del ballet ruso, el que delante de nosotros se presenta, recibiremos lección de Ritmo: si es la tapicería opulenta de *Santa María della Salute*, recibiremos lección profunda de piedad humana.

De toda aquella estética soberana nos dá un tratado, un breviario nacional en *La Ben Plantada*, que no es ya solo libro de símbolos, sino libro de Cánones. En él se funde el sentido étnico-popular con el clásico, y del crisol sale, augusta, una Proporción. Breviario estético, breviario moral. No podemos, después del mismo, desertar del Mediterráneo, buscar normas á espaldas de lo popular, no nos es lícito ya en manera alguna falsificar la estética, violar la Armonía con insolencias exóticas, con vanidades estridentes, con falsas elegancias. No podemos jurar el santo nombre de la Belleza, en vano.

En sentido social la obra de Eugenio d' Ors se desarrolla con intensidad preponderante sobre todo otro carácter, en dirección á la soberanía de la Etica en toda la vida y trabajo del hombre. Si el significado general de su acción es la moralización de la cultura, no es menos la moralización de toda obra humana. El fué quien pronunció por vez primera la palabra *intervención* en sentido ético-civil y social, idea más que que palabra, incorporada definitivamente á nuestro lenguaje de acción y á nuestro espíritu. La idea de la intervención expresa la de imperialismo de la Etica. Esta restauración de una moral largo tiempo proscrita se completa y enriquece todavía, añadiéndole nuevos territorios para colonizar, parcelas abandonadas secularmente de los moralistas, desvanes psicológicos olvidados, en que las telarañas del instinto y los ratones de la sensiblería ó de la vanidad hacían de las suyas. Todo esto debe ser también aseado, barrido, intervenido por la Etica, tanto más inflexible cuanto más apoyada en un enérgico sentido biológico, en la maravillosa concepción del mundo, *según armonía*, á cuya luz hemos visto la interna y subterránea dependencia y reciprocidad de todas las cosas entre sí y del espíritu con ellas.

En el sentido en que se puede llamar con toda propiedad revolucionario á Ors, es por haber emprendido con admirable arrogancia el hercúleo trabajo de la revisión de valores ochocentistas. Solo una gran Conciencia, una gran plenitud y una profundísima honradez de espíritu podían dictarle la declaración de guerra que ya entre sus primeras palabras, en 1906, lanzó contra todo un cuerpo de doctrina romántico que había sido lactancia suficiente de varias generaciones:

«*La posición del escéptico y del salvaje es inmoral*» *

En plena orgía de orgullos individualistas y liberales, cuando Spencer é Ibsen se daban la mano con los últimos secuaces de radicalismos integristas, en aquellos tiempos de vibración naturalista, en pleno florecimiento de arquitecturas bizarras, de melenas y de prerrafaelismos, de lirismos anarquistas, de altanerías, de menosprecios á la vida *prosaica*, de *incomprendidos*, de *rompedores de moldes*, de rebeldes y emancipados, de *Hombres de la Naturaleza*, de torres de marfil, y dictaduras de peñas holgazanas, Ors empezó su predicación paciente, con ritmo jamás alterado, del trabajo, la humildad, el sacrificio, la actividad, la austeridad, la continencia, la constancia, *la santa continuación*. Porque estas virtudes en Ors, no son, no, prácticas empíricas, fruto de una *inercia moral* acumulada por las generaciones, sino que son *disciplinas de educación*, responden á un sentido de formación universal. (1) Por esto y por la dirección específica de su estética, Ors debía ser forzosamente un apóstol de la dignificación del trabajo profesional. Por esto al idear un curso de vidas

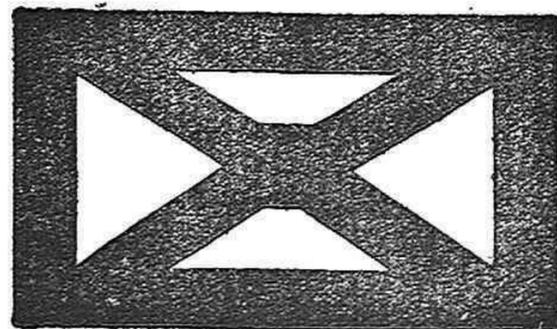
* Glosari, 1906 pág. 216 y 217.

(1) No hay que olvidar que otro de los fantasmas que se ha propuesto desvanecer es el de la *vida interior*, de la posición orgullosa de aislamiento y desprecio para con el mundo social, vida de autolatria incompatible con el amor al trabajo, por cuanto el trabajo, la obra, es ya *exterior*.

de grandes hombres, puso al frente, en primer término la de un humilde artesano, ejemplo de amor heróico á una labor abnegada y contrariada: Bernardo Palissy; poniendo su nombre también al frente de toda una serie de cursos de Metodología de las ciencias. Esta actitud humilde del trabajador que busca recetas ó procedimientos para su arte, ensaya mil veces, fracasa y vuelve á empezar, esta constancia, el heroísmo mismo del aficionado inteligente que advirtiendo un error inicial, rompe un día toda una colección de diez mil diseños, fruto de muchos años, y vuelve á empezarlos de nuevo, todo esto encanta á Eugenio d' Ors y le dicta la norma de la humildad en las investigaciones científicas, base de la *ironía* en la aceptación de las conclusiones y resultados. Podemos decir que es en aquel trabajo cotidiano y obscuro alejado á todo bastardo interés de gloria y de provecho, trabajo que es la *fuerza de virtud* de los cristianos, en donde bebe Ors las aguas frescas y claras de toda su Etica, que son las de toda su obra. Y la medida del valor moral de este trabajo es la *elegancia*, reflejo externo, asimismo desinteresado, del amor con que el trabajo ha sido llevado. ¿Recordáis la segunda de sus glosas, aquella titulada «*una cara pálida*»? Un modesto escribano olvidado allí en las tinieblas de una solitaria oficina curial estiraba de cuando en cuando los puños de su camisa, como para adecentarse *ante sí mismo*, pues otro testigo no había. Esta lección, ¡qué admirablemente encaja con el aforismo recientemente publicado: «*haz el bien como aquel que canta según medida, andando solo por un bosque*»!

La moral social es en Ors no ya una mera extensión de este ritmo, sino que es su primer corolario. Por esto nos aparece, en esta rama de la ética pública, como un precursor. Estas corrientes de piedad y de dignificación que van afortunadamente poniéndose en boga, nacieron el día en que apareció encima del Glosario la *Etica del prospecto ofrecido y tomado* y poco después la de *las gangas*. Lecciones de mera humanidad, verdaderas consecuencias de la moral cristiana acordadas con las necesidades actuales, ó mejor *descubrimiento* de Indias á colonizar, de dominios á civilizar, á nuestro lado, en la calle, en nosotros mismos. No olvidemos que él fué precursor también en denunciar el abuso de

Cartas de Luto



Cuántas de ellas tienen su origen en un resfriado mal cuidado y degenerado en bronquitis, pulmonía, tisis, catarro gástrico y sus complicaciones! Y no obstante, es tan fácil evitar estas dolorosas consecuencias! Los Pellets del Doctor Mackenzy, tomados al primer síntoma de resfriado ó catarro, siempre lo curarán en 24 horas, evitando que el catarro degeneré en estas enfermedades que á tantas familias llevan el luto. Los Pellets curan los resfriados y catarros sin necesidad de hacer cama, ni de usar sudoríficos; son sencillos de tomar y no dañan á los estómagos más delicados. Son la medicina casera de invierno por excelencia. Los Pellets se venden en todas las buenas farmacias á Psetas 1'50 la cajita.

la palabra soez y de la blasfemia en nuestra conversación, que ha sido el más grande teorizador de solidaridad y de civilidad entre nosotros, ni esta misma campaña de indignación y de piedad para con las criaturas sacrificadas con estultos disfraces, en Carnaval, á la bárbara vanidad de sus padres y parientes; recordemos aún que no ya la restauración de la moral en el intelectualismo es su preferente tarea, sino la especial aplicación de esta moral para los intelectuales. Acordémonos siempre de esta lección:

«No olvidéis que esto de Clasicismo, (es decir, la restauración de las normas estéticas y morales, según la Armonia), —no es un juego. Que se trata de un concepto lleno, global, del mundo y de las cosas, y de una norma total y estricta de conducta. Y, por consiguiente, cada uno de vosotros, cada uno de nosotros, de su profesión de Civilidad tiene que responder con su propia vida.» *

* * *

Por último,—si es que esta vertiginosa tarea de hablar de Eugenio d' Ors puede haber fin,—cuando llega el momento de mirar á la propia vida, de dirigir los ojos á las conclusiones, á la preceptiva vital que corona todo el edificio, más claro, *al contraste supremo* entre la Norma y la práctica, nos encontramos con un hombre cuya vida personal y doméstica está despojada de empaque y aparatosidad. Su complexión física y salud, su trato y maneras, sus ocupaciones y profesión, su hogar, su familia, todo es absolutamente normal. Nada extraordinario ni chocante encontraréis en torno de su persona. Fiel á la tradición estética de moderación y sencillez de la Raza catalana, tradición que, como hemos dicho, ha contribuido á restaurar, él se ha complacido muy especialmente en estrechar los círculos de su compleja construcción filosófico-científica, estética, moral y civilista, alrededor de la casa, del hogar, del vivir sencillo y austero, pero sin pose de austeridad.

Este es el punto de relación, una referencia de elocuente valor para juzgar de la honestidad del conjunto. En innumerables glosas ha cantado la excelencia de la vida modesta, más concretamente, de la vida catalana, de la vida barcelonesa. Una verdadera ternura le dictó las glosas que son dulces cuadros de interiores, cuando cantó *«les majordones»*, el elogio horaciano al *«agua de Canaletas»*, *«el vehi del quart pis»*, las dulces abuelas custodia del hogar, de *«et lux æterna»*, las fiestas populares, joya de artesanos y menestrales, *«la pau de casa»*, *«la historia d' un noy maco»*, *«l' elogi del Sant Rosari»*.

Todo ese poema de la Ben Plantada no es más que la restauración de lo clásico y lo tradicional,—de moral y de belleza,—en la vida común, es la dignificación, la redención de este concepto brutalmente despectivo de ochocentistas y románticos: *la vida prosaica*.

Es que, al fin y al cabo, todo aquello es vivir, y para la vida ha entendido y dirigido constantemente Ors la ciencia

y la estética, la ética y la filosofía. Así como el arte debe volver á su verdadero plano de decorador de la vida, así la ciencia debe ser instrumento de iluminación para ella, nunca incendio que la devore; y esta Vida no es en Ors un concepto abstracto, una de esas ideas-idolos del romanticismo, sino la vida diaria, en familia, tradicional, casera. Por algo aceptó enamorado para las líneas directrices de su filosofía la definición de metafísica casera, *«metafísica d' estar per casa»*. Lo cual es además de una elocuente y sabrosa calificación, un acto de humildad de espíritu que sólo puede partir de quien ha sustituido con un elemento nuevo de *llaneza cristiana*—alma de

una ideología plástica, gustosa, popular, de imágenes y símbolos, es decir de *parábolas*,—la enjuta aridez y petulancia de las escuelas filosóficas anteriores, las cuales sostienen secularmente con la vida normal de los hombres recíproca aversión y desprecio.

R. RUCABADO

BRIGHS **SOMBREROS**
ARCHS - 3

Sobre "Religio est Libertas"

CARTA ABIERTA

Amigo Ors: Acabo de leer vuestro ensayo *«Religio est libertas»* del congreso de Filosofía de Heidelberg. Y leyéndolo, un gozo inefable ha caído como rocío en mi interior. Y es que uno, por mucho que creyese en la inmortalidad del espíritu, siente con frecuencia un estremecimiento de ¡ay! ¡si habrá muerto! No, el fuego central, que vos decís, del espíritu nuestro no se había apagado: cobijábase de tiempo, bajo las cenizas y ahora respira en vos. Y ahora conocemos que no somos muertos, por lo caliente de este vuestro filosofar por caminos de vida; por este hilo jugoso y humanista que seguís, ni positivista craso ni metafísico enterco. Decíaisme, poco ha, que si por consejo dado no queríais andaros por la historia de la filosofía, creíais para vos llegada la hora de saber de quién érais hijo. Pues bien, yo os digo que en modo alguno sois bastardo: bien tenéis padres, sois el heredero de Llorens y de Martí d'Eixalá, y (no lo dudeis) de Balmes, de Luis Vives y de Sabiuda y de Lull. Ellos son vuestra familia, vos sois progenie suya, y prole ellos os darán. No es de ahora que lo veo: tiempo ha que sigo vuestras pisadas, y siempre os he visto ir derechamente por la compleja trama de nuestro pensamiento. Solamente que ahora, fatigado acaso, de que se os tenga por un catador de filosofías, habeis querido enseñar, como por anticipo, el esquema de vuestro razonamiento, la lógica formal de vuestro intelecto.

Cierto que lo que hace falta es el contenido de la filosofía, que esto es lo que pierde ó salva al mundo. Pero también es cierto que el no obedecer á las leyes y condiciones que individualizan á los espíritus (individuos ó pueblos) es casi exponerse á errar el camino del contenido: es un engendro de naturaleza.

Por esto es, que habeis hecho bien antes de situaros, de aseguraros de la tierra en que habeis de poner vuestros pies. Y yo os veo ir por estos mundos de Dios, por estos mares de Dios, la cota de filósofo arrebuja, buscando los pasos y vados que también los catalanes debemos tener en el gran río del pensamiento. Y los habeis hallado estos pasos, es decir, os han conducido allí misteriosamente acaso sin advertírselo: sois hijo de la tradición. Por esto os tienen por original. Los desheredados, los errantes, os

echan en cara lo que precisamente no es vuestro, sino ley estructural de nuestra simiente. La génesis del espíritu es misteriosa: también ella tiene lo que llamamos (y no por eufemismo) el misterio de la vida: la materia la ponemos nosotros á nuestro albedrío, pero ella tiene que amoldarse dentro de una categoría que es como el poso de cada pueblo. No todos sabrán verlo así en vos. Alguno habrá que buscará en vuestro ensayo un contenido, dogma ó negación. Se errará: vos haceis una crítica, una revisión de valores lógicos. Claro está que hay un dogma: el que necesitáis como sujeto de estas leyes que buscáis. Hay un dogma y un misterio y un altar y todo. Pero vos, al llegar allí al sentir el ardor de la zarza donde reposa el espíritu, os descalzáis respetuoso y sombrero en mano decís á todo el que pasa: Este lugar es terrible, el espíritu está aquí. Y este es el vuestro agnosticismo, agnosticismo sano, ley de sobriedad, de humildad, de ironía, que decís vos: ley de parsimonia que os hace ir con cuidado á no pisar nada, á no reiros de nada: que os hace encontrar pulpa de vida en lo que otros ven yermo: que os hace ver profundidad es lo que otros ven menguado, honrar la lengua porque es legado a latere del pensamiento; amar la forma porque es la faz de la substancia de las cosas. Porque esto no entienden os llaman pragmatista.

Los que en lugar de sentir, lagrimean, os maldecirán al leer este ensayo vuestro, y dirán que les deshaceis lo único que es firme é indiscutible: el sentimiento. Todo porque consecuente en vuestra lucha contra el romanticismo, dejando aparte las planideras, os habeis dirigido formalmente á donde yace, muerto al pensar de muchos, el espíritu. Otros os llamarán naturalista, porque les parecerá que haceis venir la religión no de una divina simiente, sino del fondo mismo de la conciencia humana. Y es que no verán que no habláis aquí del contenido dogmático ni de la simiente, sino del tálamo nupcial donde se hace la conjunción amorosa y vital de estos dos mundos, ambos patria nuestra. Habláis del fuego central del espíritu, y os tomarán por panteísta, cuando es bien cierto que no quereis decir sino la fragua donde se hace la fusión de estos dos elementos: el natural y lo sobrenatural, de donde sale una nueva criatura.

* Introducción al Cielo de Conferencias de Educación civil.—1909.

Y este elemento natural—el alma naturalmente cristiana de Tertuliano—esta ley primitiva del espíritu, esta condición que, ¡oh misterio!, al revés de las demás condiciones infinita lo finito y eterniza lo temporal, esta raíz de naturaleza que se manifiesta universalmente y en todos los tiempos, y en todas las civilizaciones y nocivilizaciones, esto es para vos el alma penante, la doncella cautiva de los elementos del mundo, que diría San Pablo: penante y cautiva y no por esto esclava por dentro, sino libre, con franca voluntad y con franco albedrío que nadie le podrá quitar jamás.

Por esto os rebeláis contra la fatalidad del espíritu, y contra toda fatalidad, sino es la de la materia y encontrais con razón que en la actual investigación filosófica sobre el punto central del hombre, allí donde vislumbraís el manantial de la religión natural, tal como ella se presenta y aparece en el orden social, en el intelectual y en el moral, el análisis se ha detenido demasiado pronto contentándose con formular y canonizar como ley primitiva de sus fenómenos, una parcial manifestación de orden puramente sentimental, que algunos, con evidente superficialidad creen ya ser la expresión definitiva del hecho religioso, del hecho de las Iglesias, de los dogmas, de las ideas religiosas y hasta de ciertos principios éticos. De tal modo decís, se pretende resolver el problema de la relación entre la religión y la ciencia, mejor dicho, así se quiere que no haya tal problema porque, relegando la religión al orden sentimental, al conjunto de leyes primitivas no queda ya sino hacer de ella objeto y materia científica, como se hace con las demás leyes del mundo espiritual ó del mundo físico. Naturalmente, pues, que no habría problemas, porque á juzgar según estos principios la relación entre la religión y la ciencia, se identifica con la relación entre la ciencia y la materia científica, entre las cuales se puede llegar á una completa reductibilidad. Y vos, en nombre de la crítica rigurosa, os preguntáis: con que derecho se dá á los fenómenos del sentimiento el carácter de primitivos, cuando el mismo adjetivo de *sentimentales* ya supone que aquellos fenómenos son una concreción, una particularización paralela, aún más divergente de los hechos mentales ó de los hechos morales. Si los dogmas son un hecho del espíritu y por lo tanto un símbolo, también el sentimiento que es un hecho, será un símbolo. Entonces la serie no acabaría aquí, sino que detrás del hecho *dogmático* intelectual, y detrás al hecho sentimental, ha de haber una realidad irreductible, ni racional ni sentimental, solo determinable por exclusión. Y es esto lo que vais á hacer: determinar por exclusión esta realidad que es como el substratum del mundo fenoménico.

La ciencia no puede tomar como materia científica los sentimientos, los símbolos, sino que ha de tomar, de sondear la misma realidad religiosa, el mismo substratum del cual dogmas y sentimientos se dice que son símbolos. Este método, decís, no es sino la aplicación en un caso particular, de un criterio que consiste en examinar y reconstituir to-

da teoría, no tan solo con lo que hoy se llama «Pragmatismo, acción» sino con el hombre completo por medida, con el hombre integral, *«che labora é che giuoca.»*

Trabajo, juego, todo es uno. Uno y otro son el esfuerzo del hombre que se impone al mundo exterior, imponiéndole un orden y unas leyes que él mismo se ha forjado á su albedrío: es la lucha entre el concepto personal, subjetivo, del hombre, y el mundo exterior tal como es.

Esto es el arbitrarismo: «El hombre y el mundo en lucha persistente:» «el hombre y el mundo enemigos irreductibles.»

Con palabras vuestras: «La lucha de una Potencia interna contra una resistencia externa.»

La energía de nuestra voluntad contra la energía de la materia. Nada, pues, de Monismo: La *Energía*, la *Fuerza* en la concepción monista es mero fetichismo, mitología pura.

No hay más energía que en nuestra libertad. «Del mundo, el hombre hace lo que quiere.»

Y si no cede, si *resiste*, no nos es amigo. Es pues, la lucha del *esfuerzo* contra la *fuerza*.

Ambos hacen un mundo aparte uno de otro. No hay síntesis posible. El Monismo hace una monstruosidad queriendo hacer de ambos una sola mecánica. La noción de *esfuerzo* no puede entrar en la noción de fuerza. La mecánica tiene que ser ó *abiológica* ó *dualista* es decir: ó no ha de querer entender de los seres vivientes ó habrá de reconocer el «*dualismo*». — Todo esto es muy sano, y el espíritu reposa después de tanto tiempo de verse «*damnatum ad bestias*» confundido y mezclado como una más de ellas en el tumulto ensordecedor de máquinas fuerzas. Nos hemos quitado un peso de encima. Era el mundo al revés. La fatalidad de la materia ahogaba la soberanía del espíritu. Vos nos separáis, y cada uno en su casa y Dios en la de todos. Porque naturalmente que huyendo del Monismo no hemos de ir á parar al Maniqueísmo. El dualismo no es la lucha entre dos fuerzas ó entre dos esfuerzos: entre dos voluntades ó entre dos fatalidades. Sinó, entre un esfuerzo y una fuerza. Entre la libertad y el hado. Ahora, todo estriba en saber hacer el inventario de éstos dos reinos: en separar bien estos dos ejércitos en lucha, en que forme todo bajo su bandera respectiva. Permitidme decirlo como «*chi giuoca.*» Vuestra concepción lógica, tanto y más que una biológica, es una ascética: el *militia hominis* que recordáis... la realidad, símbolo (figura que pasa) es el enigma del agnosticismo de San Pablo... Son las «*dos banderas*» ignacianas... si quereis será vuestro arbitrarismo una ascensión nietzscheana, no me importa: nadie mas cerca que un enemigo personal: Nietzsche y Cristo.

Por qué no se puede formular así vuestro concepto arbitrista y dualista: «el hombre contra el mundo externo.» En el hombre no todo es interno: no todo es Yo. Hay el cuerpo, hay los sentimientos, hay el intelecto, hay los deseos.

Bien destilado, bien purificado, el hecho

de conciencia irreductible es el yo. Todo lo que puede ser adjetivo del yo no es el yo, sino contra el yo. Todo pertenece al otro bando: Yo pienso, yo deseo, yo sé.—Mi brazo, mi cuerpo, mi deseo. El substratum, lo substantivo, es el yo, es el *mio*..

Todo lo demás no nos pertenece sino por derecho de conquista. Son trofeos de las victorias que la Potencia ha ganado á la Resistencia, la libertad á la fatalidad, el Esfuerzo á la Fuerza, la Energía á la Inercia. Y al mundo de la resistencia, de la fatalidad, de la fuerza, de la inercia, pertenece todo lo que es materia Y es materia, no espíritu, todo lo que condiciona la libertad: leyes fatalidades; tendencias fatalidades; pasiones-fatalidades. En una palabra: el Principe de las tinieblas del yo. Por ventura no gira alrededor de este concepto buena parte de la Ascética? Por esto hemos dicho que tanto y más que biológico el concepto, vuestro método es un concepto ascético. Y *ascesis* quiere decir *ejercicio* (Fuera del yo, todo es «*vanidad de vanidades:*» atletismo cristiano.) Por esto decís: «El leñador bien quisiera estar dotado de una gran paciencia para derribar á hachazos, el arbol; pero tiene mal genio y una nonada le pone furioso... lo deja.» Esto es el espíritu pagano que tenía pereza de luchar con las pasiones y hacía con ellas paz vergonzosa.

Por esto todo él era fatalidad, él no era él; era del otro: Materia.

Y continuais vuestros ejercicios espirituales para la liberación de vuestro yo, y haciendo camino por la vía purgativa, sondeais el cielo mental: la memoria, la imaginación, el poder de asociación de ideas, de análisis, de síntesis.—Todo, todo: *vanidad de vanidades*. Todo es del otro bando, del enemigo. Todo es hostil al deseo, á la ambición infinita del sujeto. «Il suo desiderio non saprebbe essere soddisfatto-che con una intelligenza infinita». Todavía ¡él no es él, él no es esto, exclamais con acento de asceta. Y tanto es la Ascética la que informa é invade vuestra concepción, que hasta le pedís prestada la técnica: «Tutti coloro che per una ragione o per altre hanno esercitato una piu o meno vasta CURA ANIMARUM..»

Sí, todos los que han ejercido cura de almas han tenido que oír: Quisiera ser enérgico; quisiera poder... pero no ¡puedo, soy un pobre hombre. Yo quiero querer, ¿pero, cómo?—¿Dónde está pues el sujeto del esfuerzo? ¿Dónde está la libertad? ¿Dónde la «Potencia», que ha de luchar contra la fatalidad?

No los fenómenos intelectuales: no los volitivos. ¿Serán los sentimientos, pues? Así ha respondido una filosofía. Concretándonos al orden religioso: ¿son los sentimientos la Potencia religiosa? ¿Es que la religión no es más que una serie de estados de espíritu: de unidad ó de rotura interior? Es decir, se reduce, se puede reducir la religión á estados de tristeza ó de gozo, de esperanza ó desesperación; de tendencias á la soledad ó á la expansión social: de éxtasis ó de visiones? ¿Es esto, está en esto el sujeto del esfuerzo? No es esto tampoco. Pues *son estados no son*. El *estar* viene detrás del *ser*. Entrad también en el campo de la Resistencia. No es esto la quietud del espíritu, (— el corazón está inquieto, decía San Agustín, hasta que descanse en Vos—). Los hechos de sentimiento no apaciguan el corazón no llenan. Es que el deseo del hombre va *más allá*. No somos todavía, no son ellos el fuego central del espíritu: serán los estratos más cercanos. Pero

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS

Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida

Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

al fuego central la filosofía no se puede acercar: ha de quedar afuera. Se podrá sentir el ardor, y basta. El fondo irreductible sólo puede definirse por exclusión, por vía negativa, por la negación de toda condición, por la idea negativa de la Libertad. Y habéis redondeado la fórmula: **LO IRREDUCTIBLE EN EL ESPÍRITU ES SU LIBERTAD: LA LIBERTAD.**

Los sentimientos son leyes que condicionan el espíritu y forman parte de aquel mundo hostil á la libertad. Que los sentimientos son leyes, condiciones, es un hecho de experiencia interna.

Pero esta experiencia de la derivabilidad de los sentimientos es negativa, es decir, es la experiencia íntima de que ellos no llenan nuestro espíritu: nada condicionado (nada finito) es capaz de agotar la vida espiritual. Nada condicionado es capaz de satisfacer los anhelos, los deseos, el «querer», la libertad. Pero ya habéis dicho antes que la ciencia, la filosofía, no han podido llegar hasta el fuego central mismo de la libertad. No es por lo tanto materia de ciencia, de conocimiento: *es materia de fé.*

¿Os llamaremos agnóstico? La libertad, decís, es un *imperativo de fe*: *La libertad, pues, es Religión.* El hecho de la religión se identifica con el hecho de la libertad interna é irreductible. Definiciones finales: «*La ciencia es una representación descriptiva de la Fatalidad. La religión es el hecho de la incognoscible Libertad.*» La realidad de la Religión, abstracción hecha de todo concepto material y especial, antropológico y cosmológico (todo lo cual forma parte del mundo de la fatalidad—lo de los elementos del mundo—y el hecho religioso es allá, más allá de toda fatalidad), la realidad de la religión, decís, es la libertad interior: aquí tiene la religión su Fuerte.

Peronadie crea que vos, mediterráneo y equilibrado queráis vivir aquí recluso. Después de libertaros del monismo, os libertáis y huis del iluminismo protestante antilatin.

Los dogmas, los preceptos morales, la Liturgia, el derecho canónico en sus evoluciones, todo es externo al castillo de la libertad interior, pero, de todo, **EGLI SI SERVE NELLA SUA PIENEZZA FUNZIONALE.** Ciertamente, amigo, y dejadme hacer una concesión á las almas pías, de vos tan amadas, de que os dignáis recordaros en la consolución final de vuestro filosofar.

Ciertamente: el mismo Hijo de Dios descendía,—era, pues, exterior (ya recuerdo que no podéis sufrir el «Cristo interior» de los modernistas)—á este castillo de nuestro ser. Descendió y desde entonces no se ha movido, sirviendo El en todo tiempo al hombre, sirviéndose el hombre de El *nella sua pienezza funzionale*: plenitud que todos gozamos de El, y á la que El nos restituyó. El nos trajo la verdad que nos liberta (*venitas liberavit vos*) y dulce y amorosamente, El es quien mantiene inflamado este deseo de libertad, de liberación definitiva que ahora, *por imperativos de fe*, después *por visión*, alcanzaremos un día. En este sentido, es verdad que todo es simbolos—los mismos dogmas y misterios, porque no son sino verdades veladas, una álgebra espiritual, una simbólica de un mundo hacia el cual caminamos, verdades parciales, limitadas—en bien de nuestra condición de viadores—partículas de una mesa abundante de refección cumplida. Y nuestro *agnello* se alimenta por ahora de estas partículas que las almas pías recogen y les hacen boca de infinito.

Natural es que nadie, si no queremos, nos quitará este *agnello*. pero á condición de que:

SOCIALMENTE haya, como decís; «*un imperativo di carità religiosa nelle relazioni umane, molto più largo della tolleranza degli intellettuali; più largo dell' amori dei sentimentali.*»

INDIVIDUALMENTE: «*Una via aperta no verso la pace, che sarebbe la morte, ma verso la guerra, verso la buona guerra che... non é quella soltanto che é difensiva, conservatrice é che puo aspirare, tutto al più, soltanto á una conservazione del valore, ma l'offensiva, l'agresiva dove vi é sempe qualche cosa da guadagnare...*»

Y he aquí la impresión que he sacado de vuestro ensayo «*Religio est libertas.*»

Yahora hacedme la merced de perdonar si en este extracto fidelidad no ha guardado el que por amor á vuestro agnosticismo sólo se hace conceder, sin ser preciso el nombre, por el ardor de la amistad.

X

Barcelona, 8 de Diciembre de 1911.

(Trad. de «*La Veu de Catalunya*» por L. G.)

El mejor **Café** es el torrefacto de **La Estrella** - Carmen, 1, (frente Belén).

ANTOLOGIA

La voluptuosidad de pensar

I

La producción intelectual moderna, sobre todo, la de los países germánicos, se resiente generalmente de un defecto visible á la primera mirada: la falta en el autor de una calmosa voluptuosidad de pensar.

Tengo en Wurzburg un buen amigo (ahora vive en Italia) que es sin duda uno de los primeros espíritus de la Alemania actual. ¿Sabéis como lee los libros nuevos, este amigo? Los toma y primero los hojea vertiginosamente, de portada á colofón; enseguida repite la misma operación, de colofón á portada. Y ya está... Mi amigo tiene veinte y nueve años y ha compuesto ya con análogos procedimientos diez volúmenes de materia erudita.

Un día le decía yo:—¿Y no os concedís nunca el placer de volver á leer, una, dos veces, un libro leído antes, mucho antes, un Molière por ejemplo?—El me respondía:—Ay de mí! No tengo tiempo! No puedo leer nunca, á menos de obligación, de especial estudio ó de cita. Y vos?—Yo, mas prefiero, generalmente un libro viejo que un libro nuevo. — Y hé aquí que exclamaba: Bienaventurados latinos!

Al cabo de un espacio preguntaba: Y nuestro amigo B... que conocimos en Heidelberg? ¿Cuántos libros de filosofía ha hecho?—Se le respondía: Uno.—El volvía á exclamar:—Bienaventurados latinos!

Otro día preguntaba: Habéis asistido este año, en vuestro París, á los cursos de Bergson?—Bergson no ha hecho cursos este año (era el anterior). Ha pedido licencia y se está en casa, y me dijo que trabajaba meditando completar su filosofía con las partes ética y estética que le faltan hoy...—El exclamaba otra vez:—Bienaventurados latinos!

Nos envidiaba, la pobre alma prisionera de los trabajos forzados de la erudición, esta nuestra libre voluptuosidad del pensar, que solo puede conseguirse cuando se mezcla á una gran actividad de espíritu, una exquisita partícula de divino ocio.

II

Se me ocurre seguir la conversación sobre la voluptuosidad de pensar.

«Pensar—decía uno de los Enciclopedistas (no recuerdo cual, ahora)—es detenerse de hablar y de accionar.»

Definición admirable. Su primer acierto es su forma negativa. ¿Cómo definir mejor

que por exclusión, esta actividad que es el pensamiento, tan próxima á la interior indefinible Libertad, que he llamado alguna vez «el fuego central del espíritu»?

Alabemos también aquella definición por dar un esquema que se realiza, tanto en términos de fisiología pura, como en términos de alta espiritualidad. Para un materialista puro pensar es, exactamente, inhibir un reflejo, es decir, detenerse de pensar y de accionar. Para un esquivo espiritualista, pensar es inventar; en otros términos sustraer la energía de espíritu al condicionamiento de las cosas dadas; en otros términos, detenerse de hablar y de accionar.

Pero quien, encontrando admirable aquella definición tiene el derecho ó no hallarla completa, es el que filosofa según el *Seny*, y que por lo tanto no es materialista ni demasiado esquivo en su espiritualismo. El que filosofa según el *Seny*, cree sin duda, que pensar es detenerse de hablar y de accionar, pero cree también que en el pensamiento entran rastros y efectos de la palabra y de la acción.

Aquél que filosofa según el *Seny* no acepta que el derviche, al cabo de un día de inmovilidad, piense. Tampoco acepta un pensamiento *alalo*, un pensamiento no ligado al lenguaje, mas diré, no ligado á un lenguaje; porque un pensamiento interlingual es en vigor una cosa tan imposible como un pensamiento *alalo*.

De estos elementos sensuales, acción y lenguaje, viene la voluptuosidad del pensamiento. La voluptuosidad del pensamiento exige, como ayer decíamos, un cierto ocio, pero no toleraría un largo reposo. Es con la alternativa del trabajo y del juego, con el ocio, ó mejor dicho, con la recíproca penetración de estos estados, como los pensamientos puedan llegar á ser tan amables como las canciones... «Mas valen canciones que razones» dice el adagio Dichosa, empero, la humanidad el día en que entre (yo espero que ha de entrar) en tal situación, de espíritu, que las canciones sean todas razonables y todas las razones, cancioneras!

(*Glosari*, 1911)

Definición del filósofo

¿Vivir primero, después filosofar?

Lo niego. En esto no conozco antes ni después.

Filósofo llamo á Publio, porque VIVE en conciencia de la eternidad del momento...

(*XII Glosas de Filosofía.*—*Glosari* 1911, rep. *Almanacco Coenobium*. Lugano 1910)

El «Novísimo Organó»

No creo que pueda ser tenido por sospechoso de espíritu milenarista, si hablo aquí de la universal fermentación que paralela á aquella que la Europa conoció al alba del Renacimiento, hace esperar el pronto principio de una nueva era del pensamiento, de un tercer ciclo lógico, subsiguiente á los que van de Aristóteles á Bacon de Verulam, y de Banco de Verulam hasta nuestros días. Un *Novissimum Organum* parece imponerse, cuyas fórmulas y sugerencias no seran ciertamente las mismas que aquellas que han conducido la investigación científica desde Galileo...

(Le reside dans le mesure de la science per l'action. — Heidelberg, edit. K. Winter 1908.)

El Trabajo y el Juego en la noción de Ciencia

Tanto la criteriología y la metodología del contemporáneo pragmatismo como la teoría de la «*constitución económica de la Ciencia*», consideran que ésta es una organización en nuestro espíritu de los efectos de la Acción, entendiéndolo por Acción el continuo resolver dificultades prácticas, que nace del avance del hombre en la vida. Considerada así, la actividad científica nos aparece como comprendida en una categoría general de *trabajo*, y sometida por consiguiente, á la ley del menor esfuerzo. Precisa, pues, según este punto de vista, admitir una separación radical entre la Ciencia y el Arte, en la cual, la primera se originaría en una necesidad de economía; el segundo, en un instinto de *lujó*... Pero he aquí que esta separación radical nos pone en seguida en guardia contra las teorías referidas. Nuestra psicología — que prescinde del recorte del espíritu en potencias, característico en la psicología tradicional, y lo sustituye por la afirmación de una plenitud constante de vida espiritual, que se limita á ordenar los fenómenos en series, dirigidas diversamente, según los casos — repugna conceder á dos órdenes de la actividad humana dos dominios distintos con una completa autonomía de ley. Y por esto sospechamos inevitablemente que, si la teoría schilleriana es algún tanto injusta en relación con la noción de la necesidad, que debería entrar también en la definición del Arte, ya que éste no deja de estar, á su manera, sometido á la ley de la economía, la epistemología, del Pragmatismo, por su parte, lo es aún respecto del *juego*, que debe entrar igualmente en la noción de Ciencia, dotándola de su propio sentido de libertad.

(Le reside dans le mesure de la science per l'action. — Heidelberg, edit. K. Winter 1908.)

La posición estética del hombre científico

La curiosidad, el instinto del juego lógico nace, como cualquier otro instinto de juego, de una sobreabundancia de fuerzas. El hombre que conoce materias de curiosidad hace una violencia á la naturaleza, presentando á su propia investigación nuevos objetos, problemas superfluos, que el curso natural de la vida no le habría presentado. El curioso, pues, se coloca en esta posición artística, tan profundamente caracterizada

por F. Schiller, cuando, comparando el obrero al artista, dice que el primero respeta la materia de su trabajo, mientras que el segundo finge respetarla, es verdad, pero en realidad le hace violencia; y también cuando, tratando del momento en que la libertad empieza, habla de la «*actitud estética*» en que la Naturaleza, que antes aparecía al hombre «*como una fuerza*», no le aparece ya sino «*como un objeto*»... Este momento de la iniciación en la libertad es precisamente aquel en que se imponen al sujeto las leyes nuevas, leyes de arte. Las frases de que Schiller se sirve para la explicación metafísica de esta paradoja son tan inspiradas y tan precisas á la vez, que no puedo menos de recordarlas literalmente: «La persona — escribe en su estudio sobre la Gracia — arrebatada á la naturaleza la facultad de proteger la belleza de su obra. Con esto viene á sustituir á la naturaleza y asume, en cierta manera, con los derechos de la naturaleza, una parte de las obligaciones que le incumben. Cuando el espíritu, amparándose de la materia que le es subordinada, la implica en su destino y le hace sufrir sus propias modificaciones, se transforma él mismo, hasta cierto punto, en fenómeno sensible, y, como tal, se obliga á reconocer la ley que rige en general todos los fenómenos. Desde este instante mismo, aquél se compromete á permitir que, en su servicio, la naturaleza, colocada bajo su dependencia, conserve aún su carácter de naturaleza, y á no obrar nunca sobre ella en un sentido contrario á una obligación anterior... Yo llamo á la belleza una obligación de los fenómenos... La belleza es, por consiguiente, la ley de todo juego, y nosotros debemos entender esto en el mismo sentido en lo que concierne al juego de arte en sentido estricto: á los productos orgánicos del apetito de emoción. Y el valor que aquí toma esta noción de la curiosidad es tan grande, que hasta se podría ensayar sobre ella toda una síntesis metafísica, en que la entera actividad del espíritu se consideraría como nacida de esta matriz: la curiosidad; en un sentido análogo al que, en la tradición bíblica, coloca en la curiosidad la inculpa-ción del Pecado Original.

(Le reside dans le mesure de la science per l'action. — Heidelberg, edit. K. Winter 1908.)

El problema fundamental del Novísimo Organó

La gran fecundidad que esperamos del futuro y próximo *Novissimum Organum* provendrá de la manera como sepa resolver la conciliación entre este hecho: *el hombre es la medida de los productos de su actividad*, y este otro: *los productos de la actividad humana, á su vez, imponen reglas á la actividad humana*... — Acaso la suprema conciliación práctica será encontrada por la humanidad en aquella actitud de «*adhesión á medias*», tan viviente, de la que la civilización helénica nos ofreció el ejemplo ya, en el orden religioso. A la manera como el ciudadano griego tomaba á sus dioses, el hombre científico de mañana tomará los productos de su ciencia. Las palabras, tan luminosas, de Goethe, «se acaba siempre por depender de los fantasmas que uno mismo ha creado», conservan su valor. Mas, ¿por qué consideraríamos aún esta ley como una desgracia?... La posición del hombre completo, del hombre que trabaja y que juega, y que sabe trabajar y jugar á la vez

puede ser bien clara. Él rendirá culto á su Fantasma. Le obedecerá, mientras el Fantasma se mantenga en pie. Pero, al mismo tiempo, lentamente, *marginamente*, forjará el nuevo Fantasma que ha de combatir con aquél, aterrarle y reemplazarle.

(Le residu dans le mesure de la science per l'action — Heidelberg, edit. K. Winter 1908.)

La Curiosidad

La parte causal de la ciencia, es la que se produce por obra de la curiosidad. Cada uno de los pasos de aquella, es señalado en su origen por un conflicto entre la ley establecida y este instinto. Mr. Meyerson describe el fenómeno como si fuese efecto de un choque entre nuestras concepciones legales y la realidad que se ofrece á ellas. Pero el conflicto puede muy bien producirse aún sin que la realidad exterior intervenga. Basta para ello con nuestra curiosidad que aún si la diversidad y la irracionalidad llegaran á faltar en el mundo, sería capaz de inventar, para que la Ciencia no permaneciese estacionaria, diversidades ficticias, nuevas irracionalidades.

Note sur la curiosité. — Rendiconti dal 4.º Congresso de Filosofia, Bologna 1911.

La Ciencia es ironía

La Ciencia es ironía, es decir, la Ciencia es algo de estético como el arte. La Ciencia en cada uno de sus momentos acepta de una manera marginal é implícita la ulterior contradicción posible, el progreso futuro. Define, pues, pero no sabría dogmatizar. Se sirve de las fórmulas, porque reconoce con Fichte, que «*die Formel ist die grösste Wohltat, für den Menschend*», que la fórmula es, para los hombres, el más grande de los beneficios; pero no tiene la superstición de las fórmulas y sabe que por encima de ellas está el Espíritu que las ha creado. En el estado mental que se deriva de esta posición, es el hecho típico europeo en las grandes horas de la Cultura. Este es el matiz de la civilidad greco latina. Este es el matiz de la civilidad del Renacimiento. — Europa, — nuestra Europa, — es una hija de Sócrates, estamos de acuerdo. Pero Sócrates no es sólo el gran consciente sino el gran artista. Sócrates sirve al «*Nous*» más que al «*logos*». Sócrates no enseña solamente la filosofía, sino la ironía y el gusto. Fué inventor de definiciones; pero fué también el maestro máximo del estado de espíritu que permite superarlas.

Este complemento, esta aclaración si queréis, tiene para nosotros una gran importancia. En primer lugar, nada interesa tanto á los mediterráneos como afirmar en toda cosa la victoria del elemento estético del arte. — España, y esencialmente España vascongada conserva tal vez en lo profundo de su significación eterna en su sentido inmortal de nación un elemento contrario, un elemento ético ó de pasión, enemigo y despreciador de este elemento estético ó de armonía. Yo creo que fué una influencia ancestral la que habló por boca de Luis de Zulueta el día en que en una conmigo amigable discusión, combatió declarándola caduca el alma del Renacimiento, acusándola de crimen de «*esteticismo*» y considerándola vencida por el alma del siglo XIX anti-artística, democrática, pedagógica, — *más humanitaria que humanista* — Nosotros no podríamos transigir con una Europa antiartista. Apre-ciamos sin duda en toda cosa, la medida, que es la razón, — que es Atenas. Pero puestos

á escoger entre el bizantinismo recargado y el seco protestantismo, miráramos al protestantismo quizá con más repugnancia.

(Glosari. 1911)

El positivismo y el espíritu

Uno de los aspectos en que se ha manifestado esa barbarie del Ochocientos fué sin duda alguna en desconocer el carácter estético, irónico de la Ciencia cayendo en aquella falsa religión de la Ciencia que llamamos «Sentismo» y que otros torpemente llamaron «positivismo». El positivismo representaba la superstición del resultado por encima del espíritu creador; la dogmatización de la ciencia hecha, en perjuicio de la ciencia en camino. Convertir la ciencia hecha en un dogma y extender su dominio ilegítimamente hasta el campo de la creencia y de la conducta, despojarla de su carácter artístico, para armarla de una trascendencia ética será una especie de barbarie, será carecer en absoluto del sentido de la continuación. El primero que partió de la geología cuvieriana, no ya para desconocer científicamente todo cambio brusco — que en esto se hubiera mantenido dentro su derecho — sino para atacar la creencia en el Diluvio, cometió un acto de barbarie no muy distinto del que el lombardo ó sármata recién converso cometía al mutilar la estatua de una diosa antigua. La ausencia de clasicismo, de espiritualidad, de ironía, de gracia, es análoga en ambos casos.

No prevé el sármata la hora del Renacimiento como no prevé el cuvieriano fanático, á Hugo de Vries y la readmisión de los cambios bruscos y la consiguiente vindicación de la hipótesis cataclismal. Desconocen por igual los dos cuanto de flexibilidad debe contener la concepción intelectual, cuanto de elemento estético, de libertad, de «juego» — en el sentido kantiano y schilleriano de la palabra... — Toman de la lección de Sócrates la mitad, lo de la invención de definiciones, dejan la otra mitad que confiere la potencia de superarlas. Si Europa, pues, la podemos caracterizar por su esencial socratismo, no será Europa la ciencia que se erija en dogma, la que en su devoción por la fórmula, niega el diezmo de marginal veneración que debe á las posibilidades del Espíritu. Ni Fórmula sola ni Espíritu solo dan el sentido de la tradición Europea, sino Fórmula y Espíritu reunidos. — En la suprema armonía del Partenón que vos, mi ilustre amigo, ensalzásteis como era debido, hay sin duda alguna, mucho de canon; pero también hay un algo de milagro. El entasis calculado y sutil, hincha ligeramente la columna en la mitad de su elevación; pero todo el secreto de su gracia pro-

funda, sólo puede poseerlo la virgen y diva Atenéa.

(Glosari. 1911)

Contra la teoría sentimental de la religión (de James, Höffding, etc.)

Una fuerte tendencia filosófica se ha manifestado en estos últimos tiempos, que considera como agotada la noción de la religión en el hecho de los fenómenos religiosos. Hase por otra parte generalmente reconocido que en la serie de los fenómenos religiosos, aquellos que pertenecen al orden social, al orden intelectual, al orden moral, no ofrecen más que un carácter exterior, simbólico, expresión de alguna realidad más profunda. Pero la investigación se ha detenido un poco más lejos, en el análisis de los fenómenos y de los sentimientos, considerando éstos como primitivos. Se ha dicho á la vez que el hecho de las iglesias, el hecho de los dogmas, el hecho de las ideas religiosas, el hecho mismo de ciertos preceptos éticos, debían considerarse todos ellos como una manifestación superficial de otros hechos íntimos, de orden sentimental. Este método parecía presentar la ventaja de dar súbitamente la solución del problema de las relaciones entre la religión y la ciencia; aun más: hacía inútil el planteamiento mismo del problema. Partiendo de un semejante punto de vista no podía hablarse más que de las relaciones de la actividad que conoce en general con una especie de fenómeno que se presentaría á su indagación, en modo y aspecto igual á los otros fenómenos psíquicos, y aun, por ejemplo, al de los fenómenos químicos, es decir, de la relación general entre la ciencia y la materia científica, relación que puede ser considerada bajo dos aspectos: la reducibilidad completa de la segunda á la primera; y el deber de fidelidad de la primera á las representaciones experimentales de la segunda.

Desgraciadamente una crítica rigurosa puede contestar la legitimidad de este método. Nos podemos preguntar con qué derecho se atribuye á los fenómenos de sentimiento el carácter de primitivos y una vez en este camino, se llegará pronto á las afirmaciones de que el solo adjetivo de sentimental aplicado á aquellos fenómenos, supone una concreción en un sentido particular, una concreción paralela, ó más exactamente, divergente respecto á aquella otra que cumplíamos hablando de hechos mentales y de hechos morales. El apelativo de *simbólicos* atribuido por la Filosofía á uno cualquiera de estos hechos, nos da una gran luz, pero ésta luz está en riesgo de extinguirse, si nos obstinamos en buscar el significado de un símbolo en cualquier cosa de tan concreto como el símbolo mismo. jamás el símbolo podrá encontrar explica-

ción en cosas tan concretas como el mismo. Decir que los dogmas son el símbolo de los sentimientos religiosos, equivale á decir que Allah es el símbolo de Dios. Las tres letras que componen esta palabra Dios (*Dio*, en italiano) dan una suma no menos simbólica, no menos exterior á aquella, formada de hechos racionales. Ambas son manifestaciones de otra realidad que no puede ser racional ni sentimental, que es irreducible, y la determinación de la cual puede realizarse solamente por exclusión.

Nosotros intentaremos alcanzar este resultado valiéndonos de un método de que la brevedad indispensable al presente trabajo no nos permitirá más que señalar los puntos principales; método que, procediendo al confrontamiento de la realidad religiosa con la realidad científica, nos conduce á una revisión sistemática del problema, de las relaciones entre la religión y la ciencia.

(*Religio est libertas*—Saggio di un nuovo metodo sui rapporti della religione e della scienza.—Formigini, edit. Bologna-Modena 1909.)

Arbitrarismo: la Potencia y la Resistencia

Trabajo, juego, significan esencialmente la misma cosa: el esfuerzo ejecutado según un concepto personal de orden, sobre el mundo exterior, que estaba desordenado, ó, lo que significa la misma cosa, que era ordenado de manera no adecuada á nuestra libertad. No calculando el aspecto del producto, encontramos siempre en el trabajo, como en el juego, la lucha de una Potencia interna contra una Resistencia externa. El punto de partida de nuestro método consiste en la irreducibilidad experimental de la Potencia y de la Resistencia. «Lo que yo quiero» y «lo que se opone á lo que yo quiero» son para mí términos experimentalmente irreducibles. Una noción sintética por encima de estos no es, en realidad permitida á la Filosofía general. Las nociones de *Fuerza*, de *Energía*, etc., constituyen de hecho una mitología intelectual y por añadidura ilegítima. No se puede rehusar, acaso, á nuestras construcciones racionales el derecho de continuar los datos proporcionados por la experiencia, pero lo menos que de aquellas se puede exigir, es el no ser infieles á esta última. La noción monista de la Energía, es una noción que repugna á nuestro sentido íntimo, á nuestro sentido del trabajo y del juego, el cual no nos permite la unión con lo que se opone á nosotros. No debemos no podemos discutir aquí el valor especial de la *comodidad*, que puede tener la noción sintética de Energía adoptada á la mecánica; en cuanto á nosotros no debemos tampoco esconder nuestras convicciones que, en rigor, cualquier mecánica

MOSAICOS						E F ESCOFET & C								
Ronda San Pedro 8.						Barcelona								
Mármoles			Piedras			Maderas			Construcción			Decoración		

Joaquín Montaner

Sonetos y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.
J. Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

que desee sinceramente, completamente, buscar el reconstruirse sobre representaciones sensoriales, se convertirá ó en una mecánica abiológica sin ninguna aplicación á los seres vivientes, ó una mecánica dualista en el sentido de no permitir jamás, bajo ningún pretexto, la entrada de la noción de *esfuerzo* en la noción de *fuerza*. Por lo que concierne á la Filosofía general, la prohibición debería ser más rigurosa todavía. Toda noción sintética de Energía, toda tentativa de unión entre la Potencia y la Resistencia, es no sólo extraña, sino hostil al hombre completo, al hombre que trabaja y que juega.

(*Religio est libertas*)

La libertad como centro del espíritu

Todos aquellos que por una ú otra razón han ejercido una más ó menos vasta *cura animarum* han recibido alguna vez esta confesión: Yo quisiera ser un hombre energético, pero no soy más que un pobre hombre. *Yo quiero querer*. Pero, ¿cómo querer? Estamos muy lejanos, pues, de encontrar el sujeto del esfuerzo como se ve. Estamos lejanos de la libertad.

En el hacha, en la mano, en el brazo, en las pasiones, en los fenómenos intelectuales, en los fenómenos volitivos del leñador no está todavía la *Potencia* del leñador. Quedan los sentimientos. Pero, ¿qué debemos entender por sentimientos? ¿serán éstos ya el *sujeto del esfuerzo* que buscamos?

Una corriente filosófica, lo hemos dicho al principio, cree agotada la noción de la religión, en el hecho de los sentimientos religiosos. Y, entrando en la descripción de éstos, se nos habla de estados de unidad ó de ruptura interior, de tristeza ó de alegría, de esperanza ó de desesperación, de tendencia á la soledad ó á la expansión social, de éxtasis y de visiones... Y bien, ¿encontramos aquí el sujeto del esfuerzo?

¿No se podría decir de estas concreciones espirituales, como de las otras, que entran aun en el campo de la Resistencia, de la fatalidad? ¿Es siguiendo su propio deseo, que el leñador vive en un estado de gozo ó de tristeza, de unidad ó de ruptura espiritual? ¿No tienen acaso aquí una influencia decisiva las mil fatalidades orgánicas y cosmológicas, ambiente, herencia, educación, enfermedades del hígado y del estómago? Si los hechos del sentimiento no corresponden al deseo, es porque el deseo corresponde á algo más lejano que los hechos del sentimiento, á algo de los cuales estos hechos mismos proceden.

Pero aquí nuestro análisis, en cuanto á análisis científico, debe detenerse. Una vez se sobrepasa este mundo sentimental que constituye, para decir la verdad, (y esto explica la razón de la tendencia filosófica referida) lo que es más íntimo, lo que es más inmediato al núcleo espiritual, lo que, echando mano de una imagen geológica, podemos definir como los estratos más próximos al fuego central del espíritu, nuestros instrumentos de conocimiento no nos sirven ya, porque el hecho sólo de emplearlos supone ya la tentativa de definir el centro del círculo por medio de uno de sus radios, del ra-intelectual. La única definición de este fon-

do irreducible puede sernos dada por la exclusión, por la negación de toda condición, es decir, por la idea negativa de libertad. Llegamos así á esta fórmula: que lo que es irreducible en el espíritu es su libertad, ó por decir mejor, *«La libertad»*.

Aquí una experiencia interna, pero negativa, viene á confirmar el último resultado del análisis teórico. La expresión «Yo quiero querer», es la manifestación típica en el lenguaje de esta experiencia. En la expresión referida se separan en dos puntos sucesivos el reino de la Libertad absoluta, que es puramente interior, del reino de lo voluntario, ya sometido á la fatalidad, y en el mismo tiempo se expresa en un modo categórico el carácter profundo de la prima. Así la libertad es, en la vida espiritual, el sustantivo primitivo del cual los hechos sentimentales como también los intelectuales y los voluntarios son atribuciones simbólicas. Es esto lo que puede admitir adjetivaciones especiales, y ningún orden de fenómenos puede admitir la Libertad como adjetivo.

No tiene sentido, por lo tanto, decir que («la voluntad es libre», que «el pensamiento es libre»), que «la emoción es libre.» La expresión legítima sería decir respectivamente que la Libertad quiere, que la Libertad piensa, que la Libertad se conmueve.

(*Religio est libertas.*)

Religión y ciencia

Siempre en la experiencia profunda, pero activa, del hombre que trabaja y que juega, todos estos matices de lo condicionado forman como un mundo en frente de otro mundo, del mundo de la Libertad.

Ahora bien... este mundo en sus relaciones con el primero, puede adoptar la actitud del conocimiento, la actitud científica. Todo lo que es fatal puede formar objeto de ciencia. Ya sea que la realidad exterior esté en exacta correspondencia con las relaciones especiales de nuestra inteligencia, ó que, incomprendible en la plenitud de su ritmo, la realidad exterior ofrezca al menos, á nuestra inteligencia la presa de los puntos discontinuos—cuestión de la cual nosotros podemos ahora desinteresarnos—podemos decir siempre que, por la representación más ó menos completa, más ó menos deformada de este mundo hostil, los hechos mentales constituyen un órgano apropiado. No podemos decir lo mismo sobre las relaciones de la Libertad congo misma. Ninguna operación mental es capaz de contener el hecho de su existencia; y aun en rigor, la noción misma de existencia es demasiado estrecha para contener una indeterminación tan absoluta. La experiencia que, según se ha dicho anteriormente, con firma los resultados del análisis teórico sobre el carácter *ya periférico* del sentimiento, es una experiencia negativa, cuyo efecto es hacer sentir la incapacidad de lo que está condicionado para agotar la vida espiritual. En consecuencia, la relación de la libertad con sí misma no puede ser una relación de conocimiento. La Libertad no constituye una materia científica, sino más bien un imperativo de creencia, es decir, Religión. Así el hecho mismo de la Religión se identifica con el de la irreducible Libertad.—Las definiciones finales de nuestro método serán, pues, las siguientes. La Ciencia es una representación descriptiva de la Fatalidad. La Religión es el hecho de la incognoscible Libertad.

(*Religio est libertas.*)

El lenguaje como algo más profundo que el sentimiento

Podríamos añadir aún, que en medio de estos hechos exteriores, una serie se encuentra, la de los hechos de lenguaje, que, por lo menos, tiene un carácter de plenitud que la constituida por los hechos sentimentales no tiene. Y en este sentido, se podría arriesgar la afirmación de que el método filológico, hoy sin boga, era todavía superior al método psicológico, hoy vigente...

(*Religio est libertas*)

Contra unas palabras de Höfding

Se ha dicho, para rechazarlos del camino: «Nadie quiere arrebatar al pobre *su único cordero*». Pero es preciso preguntar: ¿se puede acaso arrebatar *su cordero* á persona alguna? ¡Pobre ó rico, hombre religioso, no hay nadie sobre la tierra que pueda quitarte tu *cordero*, tu *verdadero cordero*!...

(*Religio est libertas*)

Historia del intelectualismo (1)

Hace veinte y seis siglos que un filósofo, como meditase largamente de Geometría, bajo el aire claro de la Magna Grecia, encontró algo destinado á cambiar de raíz las condiciones del pensamiento humano. Inventó un teorema que se demostraba por el absurdo. Este filósofo había recibido sin duda, y estudiado, la ciencia geométrica del Oriente, donde se procedía á la rebusca y demostración de principios por ser nutricísimas, mediante la aplicación de unos cuerpos sobre los otros, ó al menos, una encima de la otra figura. Ciencia pues sensual, hija y servidora de la experiencia exterior. Pero un teorema que se demuestra por el absurdo está ya emancipado de todo elemento exterior, y únicamente á la razón rinde obediencia. Momento histórico de fecundidad maravillosa; en este punto el intelectualismo nace; en este punto lo que llamamos Ciencia europea adquiere los rasgos fundamentales y característicos que ya no perderá. En vez de buscar en las cosas dadas al centro del conocimiento y su medida, empieza á buscarse eso en el hombre mismo. Como la religión, la ciencia pasa así, en virtud de lo que podríamos llamar «el hecho griego» del naturalismo al antropomorfismo. Se considerará función propia de la ciencia, no estudiar los objetos, sino las relaciones entre los objetos ó más sublimadamente, las relaciones entre relaciones.

Paralelamente á este acontecimiento magnífico, y por obra de la misma mentalidad pedagógica, otro de importancia no menor se cumplía. Era ley entre filósofos dar lugar primero en su sapiencia á la cuestión sobre el origen y composición material del mundo. Quién dió preferencia y honor matriz entre esos elementos al agua, quién al fuego, quién habló, con preclara imaginación mítica, de las nupcias tumultuarias entre el agua y el fuego. Los pitagóricos, al contrario, excluían de su explicación del universo, toda consideración de substancia, cualquier preocupación de historia. Su sistema no era ge-

(1) CATALUÑA, que no es una revista técnica, se cree autorizada, al reproducir algunos fragmentos del ensayo de Eugenio d'Ors «Los fenómenos irreversibles y la concepción entrópica del Universo», á suprimir las notas científicas ó históricas que lo documentan. Los estudiosos y especialistas podrán encontrarlas, en el primer número de los «Arxius de l'Institut de Ciències» ó en la publicación aparte que ha hecho de tal trabajo el Instituto.

ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umberto - Calle Canuda, 26

nérico: era puramente lógico. Según ellos el mundo no ha conocido principio. Según ellos, las cosas no tienen un origen, sino una razón, y esta razón es numeral. Los elementos primeros del Cosmos, no son el Fuego, la Tierra ó el Agua, sino las oposiciones entre lo Finito y lo Infinito, lo Par y lo Impar, lo Uno y lo Múltiple, lo Derecho y lo Izquierdo lo Masculino y lo Femenino, lo Quieto y lo Movil, la Línea recta y la Línea curva, la Luz y las Tinieblas, el Bien y el Mal, el Cuadrado y el Cuadrilátero regular: transformaciones todas del Uno primitivo, las diversas posiciones respecto de sí mismo. El alma humana, es una armonía; la naturaleza, una música. Así comparece y se instala en la historia de la ciencia esta imagen de un *universo eterno*, y, como eterno, inmutable en su esencia; concepción típica también del intelectualismo, y reveladora de la emancipación del espíritu respecto del mundo exterior, del salto del naturalismo al antropomorfismo. Como la invención del teorema demostrable por el absurdo intelectualiza la geometría, la aparición de un sistema filosófico liberado de la preocupación genética, intelectualiza la física. Desde este punto la física empezaba su camino para dejar de ser *una cosmología* y volverse *una mecánica*. Largo camino, sin embargo. Únicamente al llegar á Descartes empieza á divisarse la tierra de promisión.

La Tierra de promisión del pitagorismo... Una ciencia puramente intelectual, limpia de cualquier intervención de lo histórico, que desarrolla con un mecanicismo perfecto los detalles y las consecuencias de la concepción estática del universo, sometida á una lógica perfecta y expresada en relaciones numerales y abstractas.

El sentido, más dinamista en conjunto, pero tímidamente teórico de la física newtoniana, no cambia en modo alguno el esencial mecanicismo de este ciclo mental, que vemos persistir hasta nuestros días. Siempre en él se acepta como un axioma aquel atrevidísimo postulado cartesiano que afirma que, detrás, más allá de la multiplicidad y variedad de las apariencias, hay solo materia, figura y movimiento; que la imagen varia y cambiante que los sentidos nos dan de lo real es únicamente un velo de ilusión, detrás del cual se esconden, únicas verdaderamente existentes, las leyes racionales é inmutables. Según eso, el trabajo propio de la ciencia, es el de deshacer cada día un pliegue del velo, de ir descubriendo poco á poco las leyes escondidas reducir progresivamente lo real á una perfecta máquina. Y por mucho tiempo, el adelanto de los conocimientos humanos se ha sujetado estrechamente á este plan y designio. A seguida de la física la química en reducida á mecánica también; lentamente iban incorporándose á esta nuevos mundos, colonias nuevas de conocimiento: incluso los fenómenos biológicos han parecido pressarse á una explicación mecánica rigurosa. Al coronamiento de esta labor, á la instauración triunfal y definitiva de la imagen de un

universo eterno, pareció que se llegaba, cuando ya entrado el siglo XIX, un principio capital de generales consecuencias, el principio llamado *de la conservación de la energía* vino á sentarse al lado de su hermano, el *de la conservación de la materia*, en el sitial más elevado del imperio científico. Formulado filosóficamente por Descartes, por Leibniz, por Kant, llevado al lenguaje matemático por Huyghens, á la física, más tarde por Lasius, Joule, Mayer, Helmholtz, Tyndall, á la química por Lavoissier á la biología por Goethe y Spencer; popularizada, vulgarizada y un poco adulterada tal vez por engrosamiento en las obras de Moigno y de Belfour Stewart, en los discursos de Dumas, en las síntesis groseras y perentorias de Ernst Haeckel, la idea de la inalterable conservación ha llegado á ejercer en los espíritus una influencia tiránica, como pocas se recuerdan en la historia del pensamiento. La antigua visión pitagórica y su intelectualismo puro aun nosotros los hemos encontrado erijidos en dogma; y, sin turbación, sin sospecha, estudiantes y maestros han repetido, por años y años, el credo categórico: «En el universo nada se cree, nada se pierde. Todo se conserva. La cantidad de materia, como la cantidad de energía permanecen constantes. El mundo no ha tenido principio; sino que tiene principios, es decir razones.»

De una manera muy aguda ha demostrado Ernst Mach, al historiar el desarrollo de la mecánica, el origen teológico, el persistente carácter místico de aquella concepción, El razonamiento que condujo á Descartes á creer en la invariabilidad eterna de la cantidad de materia y de la cantidad de energía dadas en el origen del mundo, partía del supuesto de que solo esta inmortalidad, solo esta estabilidad podían armonizarse con la inmortalidad, con la estabilidad del Creador Dios. El optimismo leibiziano y su constante inclinación á encontrar en todas partes «armonías preestablecidas» sacaron buen partido de una visión tan arquitecturalmente estable. Hay como una resonancia íntegra de la *religión* pitagórica, que rodando á través de los siglos, llega hasta la *monadología*. Esta religión no se deja, durante un siglo más, aún de panegíricos y ditirambos sobre la «sabiduría», la «previsión», la «constancia» de las leyes naturales sobre su «admirable» sistema de compensaciones, sobre su perfecto y cerrado movimiento maquinal, imposibilitador de todo exceso, reparador de toda pérdida, saldando siempre en paz su balance definitivo. En el oficio haekeliano en honor de ese culto, á unos «Enigmas del Universo» responde en antifona unas «Maravillas de la vida.» Lord Kelvin, mientras califica de «great mathematical poem» la concepción de Fourier de una «arbitraria distribución inicial del calor», vindica el honor de haber contenido más de una vez, el criterio matemático de una distribución *esencialmente* inicial, y en una frase, infinitamente citada y celebrada más tarde, excomulga de la mesa sagrada de la ciencia cualquiera hipótesis cualquiera teo-

ría, en general toda explicación, de que no pueda darse «un esquema figurativo», es decir, una interpretación de carácter esencialmente estático. La tradición del intelectualismo, restaurada íntegra en la ciencia europea, en en el siglo XVII, llega á nosotros sin haberse despojado del carácter místico y hasta ritual, que ya poseía en su principio, entre los muros de Elea. El Dios de Descartes y de Newton la coloca á su servicio, por un instante; pero no se enfría la teoría de su íntimo carácter de religiosidad cuando ya aquel Dios se ha desvanecido, y cuando entra á ocupar un lugar, sucesivamente disfrazada con nombres diversos, una divinidad más rígida aún y más impasible, la inmutable y del todo racional «Substancia» de Spinoza, el «pan» en que comulgaba el joven Goethe, en los solitarias noches de Estrasburgo.

Pero no podían faltar á este ídolo intelectual, magestuoso é inmóvil, coronado, como por una doble tiara, de los principios de conservación de la materia y de conservación de la energía, su antagonista y contradictor. Este Dios tiene también su diablo. Ya dijimos que el imperio de la ciencia estaba partido entre la exigencia de racionalidad, fuerza legisladora y conservatriz y el instituto de curiosidad, fuerza pícaro y desobediente. Cada paso adelante en el camino del conocimiento humano viene marcado por un conflicto entre esos poderes, por una rebelión contra el primero, movida por el segundo...

La concepción estática del universo, señora de la Ciencia, parecía triunfar de sus enemigos exteriores, cuando he aquí que le llega la contradicción del seno mismo de la ciencia, por la autoridad irrecusable de los hechos, con que ha venido enriqueciendo aquellas, la acción indícil de la libre actividad esperitual á que hemos llamado alguna vez el «juego», y su intervención en el complexum del conocimiento. Sin pedir permiso de las concepciones teóricas generales vigentes, apareció un día sutilmente, con una virulencia no sospechada en los comienzos, el que se ha llamado *segundo principio de la termodinámica*. Y, paralelamente, como un mal servidor que se instala en la casa so capa de obediencia, y acaba apoderándose de ella, sacando afuera al primer señor é instaurando leyes nuevas, la *doctrina de la evolución*, en el dominio de las ciencias biológicas, pareció servir en sus comienzos al riguroso determinismo, para introducir por fin en aquellas, por efecto de su propia nota esencial de historicismo, un elemento de irracionalidad, cuya tremenda eficacia teórica, tal vez no se ha reconocido aun. Este principio, esta doctrina han traído fatalmente á la ciencia la necesidad de reconocer y de tener en cuenta un hecho: que existe en la naturaleza, así en lo físico como en lo biológico, *procesos irreversibles*, irreversibles por definición. Y jamás la *religión* que nos viene del pitagorismo había sufrido tan ruda prueba, como la que se deriva de este doble reconocimiento prólogo tal vez de una

CHAMPAGNE NOYET

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

Cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés

gran tragedia ideológica, que hoy se realiza á nuestros ojos y que se hace dominadoramente presente á los espíritus.»

(Els fenòmens irreversibles y la concepció entròpica de l'univers. «Publicacions de l'Institut de Ciències». Barcelona, 1912.)

Consecuencias del segundo principio de la termodinámica

El segundo principio de la termodinámica ha traído á la ciencia la convicción inevitable, derivada de pruebas rigurosamente experimentales, de que *no todos los procesos naturales se realizan según este esquema*. (1) Si volvemos á tomar el ejemplo anteriormente presentado de la transformación recíproca del trabajo mecánico en energía calórica, de la energía calórica en debajo mecánico, nos encontraremos con que el supuesto no se verifica, con que fallan las previsiones que se hubiera derivado lógicamente del principio de la conservación de la energía, que también en la termodinámica tiene su lugar, con el nombre de «primer principio», pero debiendo entenderse según las limitaciones que impone el segundo. A cambio de 4.250 kilogramos de trabajo mecánico, podremos obtener 10 grandes calorías. Pero si intentamos repetir este proceso la inversa, revertirlo, adquirir de nuevo energía cinética, á cambio del calor que poseemos, será imposible realizar este propósito sin una pérdida. En nuestras máquinas de vapor la aprovechado en trabajo no va más allá del 10 al 15 por ciento del calor gastado por la caldera: el resto es inutilizado. Cierta, una parte de esta pérdida, se da únicamente en la práctica, y resulta hasta cierto punto, teóricamente evitable, como efecto que es de la imperfección relativa de nuestros mecanismos actuales. Una parte, pero no toda. La termodinámica se fundó como ciencia, precisamente el día en que el genio de Sadi Carnot supo ver en esta pérdida una condición indispensable para el funcionamiento de aquellas máquinas, es decir, para el cambio del calor en movimiento. Una mitad al menos, de la energía dada ha de desaparecer forzosamente, para que aquella transformación pueda cumplirse. Lo cual equivale á decir que, de entre las formas de energía que se conocen en la naturaleza, las hay que valen por lo menos un cincuenta por ciento más que otras formas. Que valen tanto más, porque tanto más cuestan de obtener. Por consiguiente, el proceso natural en virtud del cual una forma superior de energía es reemplazada por una forma inferior de energía, debe concebirse y representarse esquemáticamente como una caída, es decir, como algo irreversible, como algo que no puede retrogradarse al estado anterior, sin haber de echar mano de una cantidad de energía, extraña al sistema inicial. Mas como para utilizarla en este sistema, la tal cantidad de energía habrá de sustraerse á un sistema vecino, la economía energética general del universo, se resentirá un poco, del tal cambio; cada pérdida de energía en un sistema dado, reparada á costa de otro sistema, representará en último término, una pérdida general, en la economía energética del universo. Cada vez pues que se verifique un cambio de energía inferior en energía superior, de calor en trabajo, por ejemplo, el cosmos pierde, se gasta, ó lo que lo mismo, envejece, adelanta un pasito hacia la muerte. La caída que hemos dibujado como esquema de un proceso particular irreversible debe dibujarse en el total proceso del mundo real... Así la imagen estable del cosmos que, secularmente, desde el tiempo del pitagorismo, ha venido transmitiéndose la tradición científica occidental, es una imagen infiel y deformada. Así nuestras leyes naturales, impávida expresión de relaciones constantes lejos de ser el substratum de las cosas, se tornan también una manera de velo sobre la realidad profundamente dinámica, — un velo aun más superficial por ventura, que el famoso «de las ilusiones de los

sentidos». — Así, en fin (y quierásemelo pasar ahora el aspecto de atrevimiento de una fórmula, que espero que ha de encontrar plena satisfacción enseguida,) la Física con todas las apariencias de ciencia mecánica es en lo más íntimo y hondo, una manera de ciencia histórica.

(Els fenòmens irreversibles y la concepció entròpica de l'univers.)

Critica de algunas soluciones de los físicos

Sorprende hoy al crítico de la ciencia la facilidad, y, para decirlo todo la ingenuidad, con que los físicos aun de entre los más esclarecidos han imaginado alguna vez evitar las revolucionarias consecuencias de la extensión del segundo principio de la termodinámica. El mismo Lord Kelvin, verdadero héroe en la admisión científica del hecho de la disipación de la energía, Lord Kelvin, á quien encuentra admirable Helmholtz, en una conferencia, «por haber sabido leer, en las ecuaciones de Carnot y Clausius la sentencia de muerte del universo» cuando se trató de formular, en un lenguaje popular el resultado de sus propias investigaciones, y, como si le moviese, vigilante, previsor pensamiento, el de salvar de posibles acometidas críticas, su fundamental exigencia de elementos exclusivamente figurativos en toda teoría científica, restringió singularmente el alcance de sus proposiciones energéticas, con sólo sustituir por el término «tierra», el término «universo», alenunciar la tercera de sus proposiciones clásicas. La solución que parece prepararse con esto para salvar la definitiva la concepción estática, del angustioso apremio que el hecho de la disipación de la energía le presenta, consiste en tener una puerta abierta sobre la posibilidad de que existan, en el total universo fuentes de energía infinita, que pueda, el fin de cuantas, reparar la energía mecánica, siempre decreciente, de la tierra. No hay que decir con qué entusiasmo las concepciones físicas tradicionales han acogido esta débil tabla de salvación. Un hombre de ciencia de gran mérito, muerto recientemente para duelo de la ciencia, M. Bernard Brunhes, en un pequeño libro aéreo, en que precisamente la teoría mecanicista es sacudida duramente y las consecuencias teorías del segundo principio de la termodinámica examinadas con gran lucidez no puede prescindir, á pesar de ello, de un intento de defender contra ese principio las grandes generalidades cosmológicas, é insiste alguna vez en que «no es posible, sin tropezar con dificultades metafísicas, afirmar que el resultado de este principio se aplica al universo entero». Mientras tanto, y contemplando el problema, sobre todo, desde el punto de vista de la caducidad de la tierra y de la vida humana, se ha probado, con varias ingeniosas hipótesis, de buscar sistemas de compensación, que diesen alguna mayor esperanza, ya que no tranquilidad, para el porvenir. No han visto generalmente los físicos que, al hacer esto, cuanto más intentaban restringir la extensión del principio de la disipación de la energía, mas aseguraban su verdad en el total universo. Porque, al fin y al cabo, para escapar al razonamiento que hemos desarrollado hace un momento, cabía imaginar (con un argumento definitivamente inútil, pero al menos aplazador) que nuestro mundo conocido forma un sistema de energía cerrado, sin comunicación con el resto del universo; de tal manera que, aunque nuestro mundo perdiese su fuerza y pereciese, el resto del universo, (un cosmos en que todos los procesos naturales fuesen reversibles), permaneciese inmutable. Pero, al hacer de lo desconocido el banquero que va compensando con empréstitos continuos las pérdidas del mundo conocido, no se logra otra cosa que afirmar la ruina del todo: el banquero no podrá sacar ningún rédito de su cliente, mas necesitado cada día; y los dos irán empobreciéndose á la vez.

Igualmente ineficaz es la tentativa, tan corriente, y la cual los lectores de los manuales de física suelen tranquilizarse acerca de la suerte de su querido principio de la conservación de la energía, de entender la relación entre el primer principio de la termodinámica y el segundo, no como si este

fuese la restricción y complemento del primero, sino, al contrario, como si el segundo encontrase en el primero su exégesis. Insistese entonces en que se entienda y no deje de entenderse que la energía que se pierde en un proceso irreversible, en el cambio de una forma superior de energía en otra forma inferior, es la energía llamada libre, es decir, utilizable; pero que, con la transformación, nace una cantidad igual de energía, no libre, inmovilizada, de tal manera que la cantidad total de energía, permanece invariable é cierto sentido. En buena hora; y, mientras, momentáneamente, se especula sobre un sistema aislado, cabe que nos consolemos de la pérdida, diciendo que la cantidad de energía disipada se encuentra en otra parte. Pero, cuando expresamos la ley en su generalidad, cuando especulamos sobre el total universo, ¿de que nos valdría esta cantidad de energía, que no volveremos á encontrar á ninguna parte, que no se nos ofrecerá en ninguna forma específica, y que ya no podremos imaginar en otro lugar, porque habremos tomado el todo? Un pragmático diría seguramente que *no existe* una cosa que no se nos manifiesta por ningún resultado, una energía que es, por definición *inutilizable*; y mucho me temo que, en este caso, al menos, el pragmático tuviese razón. En todo caso, el día en que la «sentencia» de que habla Helmholtz llegue á realizarse, de poco le ha de servir al pobre universo este tesoro de *energía inmovilizada*, que habrá ahorrado ó traves de la infinita serie de sus mutaciones reversibles; de lo mismo que servirían á los hombres, si los alimentos llegaren á faltar en el sobre haz de la tierra, todas las reservas de oro, que hubiese amontonado la avaricia.

(Els fenòmens irreversibles y la concepció entròpica de l'univers.)

Singular inconciencia de Darwin

Aquel que estudia la historia externa de la cultura se encuentra amenudo con el hecho curioso de que los aportadores de grandes novedades, destinadas á abrir nuevos ciclos en la vida mental, hayan sido inconscientes hasta cierto punto de la eficacia teórica de sus descubrimientos y de su poder para arruinar anteriores concepciones, á las cuales estos innovadores creían de buena fé servir. Cuando Sadi Carnot, en 1824, comenzó á meditar sobre el funcionamiento de las máquinas de vapor, únicamente con ánimo de averiguar á que precio podía extraer del calor en efecto útil, ni cuando, poco mas tarde presenta la genial Memoria á que repetidamente hemos hecho referencia, abrigaba la menor duda sobre la verdad de los esquemas del mecanicismo; no sospechaba dar con en la piedra angular de una ciencia nueva: ni menos sospecharía que de sus pequeños cálculos utilitarios pudiese venir la ruina de la doctrina física admitida tradicionalmente y una crisis gravísima en la concepción del universo, persistente en la tradición occidental, desde el pitagorismo. Por mucho tiempo mas tarde los físicos han creído, y algunos persisten aún en creer en la conciliación posible de la teoría general mecánica con el principio de Carnot... Darwin no fué más lucido, en este sentido. Al dar el «Origen de las especies», él se figuraba, y hasta cierto punto, se proponía, contribuir poderosamente á desterrar de la historia natural toda concepción finalista. Así tomaba como lema la frase radicalísima de Butler: «El único sentido preciso de la palabra natural es la cualidad de ser estable, fijo y estable», y no vacilaba en buscarse un precedente en Aristóteles, por haber este notado, en sus «Physicae Auscultationes» que «si la lluvia cae, lo mismo sirve para hacer el trigo que para pudrirlo cuando el labriego hace la trilla», y aplicado despues el mismo sistema en los organismos. Darwin, pues, creía con convencimiento obedecer á la pura concepción mecánica, á la lógica implícita en los Principios de Newton. Hay que decir, no obstante, que su temperamento, sus métodos de trabajo, ya le inclinaban más bien á una disciplina baconiana que al libre ejercicio del instinto de curiosidad, más que á la sumisión á una unidad y simetría, á las exigencias de la racionalidad, en fin. Se encuentra en la «Autobiografía», sobre este aspecto psicológico de la producción darwiniana un docu-

(1) El esquema de los procesos reversibles, consecuencia de la admisión rigurosa del principio de conservación de la energía.

mento precioso. El geólogo Sedgwick se hace acompañar por Darwin joven en una excursión científica. Este le cuenta que un campesino le ha dicho haber encontrado en un antiguo camino gredoso, próximo á Shrewsburg, una gran concha de *Voluta* de los trópicos, que el rústico conocía por haberlas visto encima la chimenea de los cottages. Sedgwick no dá á este acontecimiento importancia mayor. Dice el joven que la concha debe proceder seguramente de que alguien la ha dejado allí; y que, de todos modos, aunque realmente se tratase de un real descubrimiento, esto aun resultaría en perjuicio de la Geología, porque echaría por los suelos todo lo sabido sobre los depósitos superficiales del condado de Sirleand... Darwin, ingenuamente, comenta: «Esto me extrañó: porque, si bien yo había leído bastantes obras científicas, no sabía aún que la ciencia consiste en agrupar hechos múltiples, formulando leyes y conclusiones generales.» A pesar de esta bella contricción, no debieron de dejar muy satisfecho al joven estudiante las palabras de su maestro cuando mucho más tarde sus meditaciones volvieron, á ocuparse en tan irracional tema, que no abandonó hasta haber encontrado él mismo, en aquellos lugares, restos de las tales conchas y hasta deducir que se trataba de conchas árticas, del hecho de que aquel antiguo camino databa del período glaciario... Vemos, pues, en este significativo episodio la lucha entre un temperamento rebelde y la legalidad científica, y una corrección adquirida, que postula que esta legalidad posee las más sólidas razones para ser obedecida. Al publicar el «Origen de las Especies», creía Darwin servir á su convicción; en realidad, servía á su temperamento.

(Els fenòmens irreversibles y la concepció entròpica de l'univers.)

Las consecuencias epistemológicas del hecho de la entropía

Lo que epistemológicamente nos interesa no es el hecho de la pérdida ó de la ganancia, sino el hecho del cambio. Descendente ó ascendente, no podemos imaginar dos momentos sucesivos del universo sin una relación de entropía. Ya basta eso para que una imagen diferente—y tal vez la imposibilidad de formar imagen!—deba reemplazar la pura imagen estática que veníamos adorando y sirviendo desde las dos invenciones intelectualistas advenidas, hace veinte y seis siglos, bajo el aire claro de la Magna Grecia.

Esto representa ya lo hemos dicho una trágica ruptura en el espíritu contemporáneo. Entre la parte causal de la ciencia y su parte legal, entre los productos del instinto de curiosidad y las consecuencias racionales, ya solo á costa de obstinados esfuerzos podrá restablecerse la unidad. Pero, el daño ocasionado por una parte ¿no compensaría en la otra con ciertos beneficios? La concepción mecánica del universo, si unificaba y aseguraba la ciencia no hacia esto sino á cambio de separar, en dos esferas incomunicadas, el mundo del determinismo y el de la libertad, la ciencia y la ética, las afirmaciones de existencia y las afirmaciones de valor. Ya hemos visto que, al contrario, la concepción entrópica del universo significa que, implícitos en los juicios de existencia, van los juicios de valor. La física, con la admisión del segundo principio de la termodinámica, la biología, al aceptar las leyes de la evolución, se vuelven con eso hasta cierto punto, ciencias morales. Una parte de la ciencia, se separa tal vez de la otra; pero una de las dos se liga fácilmente con la ética, con la historia, con la libertad. ¿No habrá aquí, repetimos, una manera de compensación?

Si es cierto que las nuevas ideas traen al espíritu una disgregación, no lo es menos que tampoco habían encontrado en él una acordada armonía. Eco último y estridentísimo de la inquietud anterior, son las palabras de M. Levy-Bruhl: «Hay que escoger entre la Moral y la Sociología.» De aquí y de aquí se han levantado voces contra eso, con el deseo de superar la antítesis así manifestada. Una de esas voces la encontramos en la misma tentativa de síntesis realizada solamente por M. Durckheim, en el último Congreso de Filosofía, celebrado en Bolo-

nia. M. Durckheim trata de unificar los juicios de valor y los de existencia, haciendo esfuerzos para que sean considerados los primeros como un caso particular de los segundos. Nosotros creemos que mas facilmente se llegará á la unidad por vía inversa. Demostrado lo mucho de moral, de íntimamente normativo que hay en ciertas leyes naturales, ya se inicia un método crítico que puede conducir á la consideración de los juicios de existencia como una modificación de especialidad de los juicios de valor... El Dr. Hans Driesch, jefe de la moderna escuela neovitalista en biología trata (en primer número de los *Arxius del Institut de ciencies*) de la racionalización del concepto de causa. También aquí nosotros creemos que el mejor camino es el contrario, el de la causalización del concepto de ley, es decir, la inscripción de lo racional en la esfera de la vida, ó en otros términos, la biología de la lógica.

(Els fenòmens irreversibles y la concepció entròpica del Univers.)

Instabilidad celular, conciencia, razón

El investigador debe tener en cuenta aquí una noción de que Avenarius no pudo aprovecharse pero que ya parece hoy en biología algo definitivamente adquirida: la noción de la *inestabilidad profunda* que caracteriza, por definición, la vida. El ser viviente tiene siempre su substancia en equilibrio inestable; y en esto se halla justamente el signo diferencial que separa el protoplasma de la materia inerte. Esta inestabilidad persiste mientras dura la vida, á partir del momento de la fecundación del huevo, y sólo es detenida por la muerte, que dá un poco de firmeza al equilibrio molecular del sér. Hasta ese momento el equilibrio permanece siempre frágil, precario.

La inestabilidad es aun mas acentuada en ciertas partes del ser viviente que son, históricamente, desde el punto de vista de su desarrollo evolutivo, más recientes, y, funcionalmente, desde el punto de vista del trabajo que hay que ejecutar, más imperfectas. Tales son, en los animales, las células nerviosas, y especialmente aquéllas cuya particular indeterminación funcional se traduce en fenómenos de conciencia. Esta imperfección biológica, cuya más completa expresión anatómica es el cerebro humano, hace aún más frágil y precario el equilibrio vital y disminuye considerablemente, en los seres y en las partes de seres con que se produce las condiciones de resistencia á las excitaciones provenientes del medio.

Cuando, pues, se estudian las relaciones mecánicas entre, de una parte, la energía de un ser vivo y consciente (que representa, por su vida y su conciencia, el límite inferior extremo en las condiciones de estabilidad), y, de otra parte, las excitaciones provenientes del medio que le rodea, se hace preciso no olvidar que esas relaciones toman la forma, en puro lenguaje mecánico, de una *desproporción enorme*, desfavorable á aquel sér. En las fórmulas de Avenarius sería necesario, para expresar gráficamente tal desproporción, aumentar E (1) bien por encima del ángulo de comparación de V (2).

$$E > V$$

En estas condiciones, la acción de esta E, enorme, sobre la debilidad de V, representará su *desequilibrio definitivo*, su destrucción, su muerte, si V no fuese capaz de una *defensa específica* contra E, de una inmunidad, en relación á los efectos tóxicos de E. Es necesario, por consiguiente, para que un equilibrio tan inestable pueda persistir, y, por consiguiente, para que la continuación de la vida sea posible, una disposición especial, que constituya para V un carácter *adquirido* y que podemos imaginar, así como en los otros casos de inmunización, como la *resultante de un primer conflicto, en el cual V, vencedor, se haya asimilado, en todo o en parte una E primitiva, que, desde este momento ha entrado á formar parte del sistema de resistencia de V*. Sólo la existencia de este parte, por su especificidad frente á una nueva E tóxica es capaz de reducirla á

(1) La excitación proveniente del medio.
(2) La energía del ser viviente.

proporciones tales, que la lucha y la victoria de V sean posibles. Es decir que, para que la fórmula de nacimiento de un problema, según Avenarius.

$$V < E$$

exprese una solución de comensurabilidad, es necesario instituir así el primer término:

$$V^E < E$$

Sólo así el equilibrio puede establecerse rápidamente; sólo así puede producirse una solución:

$$V^E = E$$

Y aún quedar el individuo en situación de exceso de energía, frente á las dificultades del medio:

$$V^E > E$$

Debemos concluir, en resumen que, dada la inestabilidad del sér viviente, las excitaciones provenientes del medio, le serían todas más ó menos tóxicas, si no existiese una inmunidad específicamente relativa á las mismas, que permite que aquél los incorpore á su fondo vital; y, en el caso en que la toxicidad sería más intensa, es decir cuando se trate de células cuya indeterminación funcional se traduce en fenómenos de conciencia, y en que, por consiguiente, las diferencias ó relación de tensión se traducen en un problema intelectual, la actividad específica del sér que *resuelve* el problema intelectual, procede de una inmunidad adquirida en virtud de una victoria sobre excitaciones anteriores. De donde se sigue que la actividad conceptual en el sér consciente debe, sí, ser considerado, tal como lo hacía Avenarius, en función con las relaciones de tensión entre la energía individual y el medio exterior; pero añadiendo que esta actividad cumple una función específicamente anti-tóxica; constituyendo en la economía del sér consciente, una *defensa* contra la intoxicación que significan para el pensamiento y para la vida, las excitaciones provenientes del medio.

(La Formule biologique de la logique. —Paris, edit. Bloud & Bongault, succ. Berthier, 1910.)

El misterio, el miedo á la muerte

Antes que nadie los poetas se han complacido en imaginar el terror de aquél á quien han llamado según sus preferencias, el hombre primitivo ó el primer hombre, cuando ve, por primera vez, desaparecer la luz del día y sustituirla la oscuridad de la noche. Es evidente que, si suponemos un sér dotado de conciencia,—es decir, en lenguaje de mecánica biológica, un sér que persiste en la vida y en la conciencia, en virtud de su equilibrio perfectamente inestable,—y, por otra parte, le suponemos hipotéticamente en tal estado que la experiencia no le haya enriquecido aún de una noción racional, fundada en el determinismo del curso regular y alternativo de la claridad y de las tinieblas, la excitación provocada en este sér, por la desaparición imprevista de la luz de su mundo será tal, que podrá producir en él una profunda turbación de origen visual, una conmoción irreparable. Felizmente la situación imaginada es completamente convencional. Históricamente las cosas han debido de pasar de tal suerte que, á cualquier progreso en la firmeza de la conciencia haya correspondido, *aproximadamente*, una serie de adquisiciones ideológicas, un perfeccionamiento en el sistema de defensa racional.... Hemos dicho: *aproximadamente*: hay en efecto, ha habido y habrá siempre, ciertos órdenes de excitaciones, para las cuales el sistema de defensa racional, de conceptos, un poco retrasado en su evolución, es casi siempre insuficiente.

Un ejemplo elocuentísimo de ello nos es dado por lo que ocurre en la generalidad de los hombres, ante el hecho de la muerte. La idea de que, en un individuo, la muerte debe necesariamente suceder á la vida, existe, sí, en nosotros, y forma parte de nuestro fondo de adquisiciones racionales, ni más ni menos que la idea de que la noche sucede al día. Pero mientras ésta ha alcanzado un desarrollo y arraigo suficientes, para hacer desaparecer toda consecuencia de turbación, toda toxicidad, de la visión de la noche, el sistema correspondiente á la primera idea es aun demasiado débil, en la mayor parte

de los hombres para salvarles de turbación ante el hecho de la muerte. Este residuo de toxicidad que dejan muchas excitaciones, a pesar de la acción del sistema de racional defensa, es lo que, en la impresión del lenguaje usual, designamos con el nombre de *misterio*. El misterio, biológicamente considerado nace de la insuficiencia,—siempre relativa, naturalmente,—del sistema defensivo que es nuestra lógica, ante una excitación dada. Si suponemos un sér dotado de un desarrollo de conciencia, semejante al de un hombre delicado actual, más para el cual todo fuera misterio, la conciencia de este hombre naufragaría, perecería pronto en la toxicidad de las impresiones provenientes del medio exterior y de su propio cuerpo, y su misma vida no tardaría en desaparecer. Y justamente es una aproximación real de este episodio imaginario, la que nos dan muchas enfermedades mentales, con su periodo demencial, con la muerte al fin.

(La fórmula biológica de la lógica.)

Identidad funcional del conjunto biológico de defensas

La actividad lógica del hombre, el hecho de que el hombre produzca conceptos, nos aparece como comprendido en el conjunto de defensas de que la individualidad dispone, para asegurar la propia persistencia en la vida, y su no retrogradación del nivel obtenido por el desenvolvimiento de la especie. Y la identidad funcional de este conjunto es para nosotros un hecho adquirido. Numerosos trabajos, emprendidos por los hombres de ciencia modernos, en varios órdenes de investigación, han conducido al mismo resultado. La identificación entre el proceso digestivo con el proceso patológico parece suficientemente demostrada. El hombre cura del mismo modo que digiere. Si la inestabilidad, tan delicada, que es la misma base de la vida, puede sobrevivir á las dificultades del medio, es siempre en virtud de asimilaciones parciales, cuyo resultado es hacer adquirir al organismo vivo, inmunidades más ó menos duraderas... No podemos entrar aquí en el problema de si esta noción general de inmunidad puede considerarse á su vez como un caso particular de una noción aún más fundamental y más vasta, la de la *sensibilidad celular*, que tan considerable papel desempeña en la explicación de los fenómenos de vida en las plantas y los animales, aún en fenómenos que podrían parecer simplemente físico químicos. Si se adoptaba este punto de vista, la ley de Weber-Fechner, ya ensanchada por Pfeffer hasta los límites de una ley general biológica, será aplicable á la reacción lógica y podríamos *medir* el valor de los conceptos en proporción al logaritmo de la excitación correspondiente... Pero esto nos conduciría demasiado lejos y nos haría entrar en cuestiones delicadas que no tienen su lugar aquí. Evidentemente, una vez admitida, la inclusión de la actividad lógica en la noción general de inmunidad, la aplicación posible de la ley de Weber-Fechner podrá ser objeto de investigaciones ulteriores.

(La fórmula biológica de la lógica.)

La terminología bio-química para traducir la fórmula biológica de la lógica

La simple terminología, bio-química no presenta esos inconvenientes (1). Esta terminología es aquí aplicable, no á título de comparación, mas como expresión totalmente directa. Llamando una *diastasa* la actividad de la razón que descompone el efecto tóxico que tienen para el organismo las excitaciones que provienen del medio, y que produce la formación del *concepto*, (es decir, de un nuevo producto, desprovisto de toxicidad y capaz de procurar al organismo una inmunidad relativa, con respecto á excitaciones ulteriores), no hacemos otra cosa que tomar en el sentido mas directo posible esta expresión, que, después de las extensiones que sucesivamente le han ido imponiendo los progresos de la ciencia, no puede corresponder exclusivamente á una noción de substancia, sino á una noción de conjunto de relaciones. Como el de *electricidad* en física,

como el de *albúmina* en bio-química, el término *diastasa* que corresponde á alguna cosa que empezó siendo constatada en momentos determinados de la digestión, y ha terminado por ser considerada como el *acto* esencial en el compuesto biológico, constituido por los fenómenos de inmunidad y de nutrición, el término *diastasa*, decimos, debe ser tomado no en función de substancia, sino en función de energía. En este sentido y, repitámoslo, *por expresión directa, no por comparación*, enunciámos la fórmula: *La razón es una diastasa*, como precedente á esta otra fórmula: *La lógica es una inmunidad*. Esta fórmula, por otra parte, con su carácter enteramente energético, nada prejuzga ni en un sentido materialista, ni en un sentido espiritualista.

(Le formule biologique de la logique)

Las enfermedades mentales

Las creaciones conceptuales, patológicas las *manías*, (que precisamente los alienistas suelen tomar como base de clasificación), lejos de ser la materia de la enfermedad misma, deben, al contrario, ser consideradas como un sistema de defensa de que la individualidad del enfermo se sirve para combatir una *conmoción vital profunda*. Son un instrumento que corresponde, en ciertas formas de la enfermedad, á la que, en otras formas representan las *alucinaciones defensivas, los movimientos*. Y estas formas pueden llegar á reemplazarse reciprocamente, como acontece en evolución de algunas psicosis, y en el caso, tan interesante, de los símuladores.

(La fórmula biológica de la lógica)

Una definición del «sentido común»

El «sentido común», es la *socialización de un sistema de defensa contra la turbación biológica producida por el misterio*.

(La fórmula biológica de la lógica)

Sobre el lenguaje

Digna de notarse es la renovación que, en este punto, se ha producido en los últimos tiempos. El error de la filología positivista consistió en tomar el lenguaje como una cosa dada, que era, posible por consiguiente, considerar como un organismo separado, sometido á leyes propias, independientes de las leyes de la vida. A pesar de esto, aun dentro del mismo positivismo, algunos espíritus luminosos (Osthoff; Gröber, y tal vez, en principio, el mismo Augusto Comte) habían ya distinguido, en el lenguaje, una parte *fijada, intelectual*, de un fondo *cordial, biológico*, rebelde á la regularización. Una nueva filología idealista, (Croce, Vossler) ha extendido considerablemente la intervención de este fondo afectivo. Debemos, según ella, considerar en el lenguaje, la parte conceptual, que es superficial, como producto y creación de algo profundo y completamente biológico. Pero esta producción que los filólogos idealistas toman como una *expresión*, creemos nosotros que mas bien debería ser considerada como *reacción*... Hay derecho, en efecto, á extender á todo el lenguaje la observación fonética de Bredden, de que un mismo efecto acústico puede ser obtenido por el hombre por medio de movimientos musculares diferentes; de donde resulta, como consecuencia, que, en el lenguaje un solo signo, ó un solo sistema de signos puede corresponder á dos fondos biológicos distintos (tal el sistema de signos verbales *eróticos*, empleado, tanto por los verdaderos *eróticos*, como por los *místicos*). La expresión supondría, (al contrario, un signo para cada movimiento, un sistema de signos, para cada sistema de movimientos. No se trata pues, de una *expresión*, sino de una *reacción*. Se trata de un *instrumento de defensa*. El lenguaje articulado es, en el hombre, un instrumento de defensa contra una *conmoción vital*, producto de una excitación, que si el lenguaje fuese *expresión* pura, se traduciría por el *aullido*. Ya en el perro, el *ladrido* es una reacción, que impide el *aullido*. (Y aquí tocamos nuevamente la cuestión del ritmo, que ya hemos señalado, propósito del llanto y del sollozo.)

(La fórmula biológica de la lógica.)

Fórmula biológica de la lógica: Conclusiones

1.º Dado que un equilibrio inestable caracteriza la materia viva,—equilibrio más

precario aún, en las células, cuya indeterminación funcional, dá lugar á la conciencia—, las excitaciones producidas en un ser vivo y consciente por las dificultades vitales que nacen de la situación de inferioridad con relación al medio, son, en sí mismas, tóxicas para el individuo.

2.º La inocuidad de las excitaciones que sen, históricamente las primeras, en el individuo ó en la especie, se explica, por el estado, aún rudimentario, de la conciencia.

3.º El desenvolvimiento de la conciencia exige un sistema de defensa específica. Esta defensa se obtiene por la intervención de una *diastasa*, designada psicológicamente con el nombre de *razón*.

4.º Las excitaciones, tóxicas, transformada por la razón en conceptos, no tóxicos, dan al individuo una inmunidad relativa á las nuevas conmociones. Esta inmunidad constituye «la lógica».

5.º La lógica es una inmunidad adquirida.

6.º La fórmula biológica de la lógica, es pues, la fórmula de la inmunidad. *Acaso* esta fórmula está comprendida en las leyes generales de la sensibilidad celular, y, por consiguiente, sometida á la ley de Weber-Fechner.

(La fórmula biológica de la lógica). (1)

Psicología: unidad y especificación en la vida del espíritu

Me atreveré, para dejar bien grabada en vuestra memoria la noción del papel respectivo que en la hipótesis propuesta representa lo espiritual y lo orgánico, á proponeros el *simil de un incendio*, al cual compararemos la vida total humana. El fuego, es siempre *el mismo*, es siempre *todo* el fuego, es siempre la *plenitud* del fuego, desde la primera y pequeña chispa hasta la más alta llama. Pero el material que se consume, un edificio, por ejemplo, es distinto en cada caso, se compone de partes, es determinado así y así tiene tales dimensiones ó tal forma. Y, como el fuego necesita del combustible, la especialidad del combustible, especifica también el fuego. Y las llamas son más ó menos altas, llenan tal ó cual espacio, presentan tal ó cual color, según lo que arde en ellas. Talmente así, en la total vida humana el espíritu es fuego, el organismo, edificio que en él se consume. También el espíritu es el mismo y constantemente idéntico, y siempre en plenitud desde la primera chispa á la más alta llama. Y la inteligencia y la memoria y la sensibilidad y el sentimiento, y la sensación y la emoción y la voluntad y el deseo, no son sino llamas y lenguas, en diversas direcciones, del fuego único que es íntima esencia de todos.

(De las lecciones sobre *La Atención* dadas en los «Estudios Universitaris Catalans» en 1910.)

Estética: Arte arbitrario

Arte singular... este arte arbitrario... Con toda una estética y toda una metafísica por dentro. Arte tan lejano al lírico, impresionista,—«interjeccional» le llamo yo,—(que ha alcanzado su cabal expresión poética en la teoría de la «palabra viva», de Maragall, nuestro esencial Maestro en *Gaya Ciencia*) como arte imitativo que, en su fatalista humildad, se resigna á la reproducción de la naturaleza; mientras que el arbitrario, que juzga con Wordsworth que «imitar la Iliada no es imitar á Homero», antes que imitar á la naturaleza (así, con minúscula) prefiere imitar á Dios.

La Mitología me parece, no como se ha dicho, «una enfermedad del lenguaje», sino contrariamente, la plena salud del lenguaje, su vernal florecer en la vida. En rigor, cualquier verbo poético es ya mitológico. No lo notamos, porque la costumbre nos ha secado la emoción veneradora ante este religioso fenómeno del lenguaje; pero, desde el instante en que, por ejemplo, decimos «el porvenir», en lugar de «lo porvenir», hemos ya sustituido una abstracción por un dios. Es el arte, esta creación de mitos—dioses y fábulas—es substancial y, por lo tanto, continua.

(Prefacio á la traducción publicada por E. Díez-Canedo de «*La mort de l'Isidre Nonell*». Madrid-Suárez, 1905.)

(1) Sobre estas conclusiones y su sentido dentro de la Filosofía moderna, véase el examen hecho de las mismas por R. Mennier en su estudio «*Les Consequences de la psychologie philosophique*, tercer núm. de 1912.)

(1) Los de la terminología fisiológica y patológica que obligarían á traducir la fórmula biológica de la lógica, no directamente, sino por una comparación. «Y las comparaciones son siempre peligrosas en ciencia. Cuando se entra en ellas no se está siempre seguro de salir.»

Clasicismo

Sólo hay originalidad verdadera, cuando se está dentro de una tradición. Todo lo que no es tradición es plagio.

(Glosari, 1911).

El Genio y el Gusto. El Gusto es el Genio, socializado.

(Glosari, 1910).

No crearemos un estilo—que es como decir una civilización—hasta que, como ha ocurrido siempre en las grandes épocas del arte, puedan ser atribuidas á cada uno de nosotros—al menos por los no muy inteligentes—obras apócrifas.

(Glosari, 1912).

Moral

... Mientras tanto que cada cual desvele y cultive lo que hay de angélico en él, esto es, el ritmo puro y la suprema unidad de la vida; lo que declarado quiere decir: la elegancia. Aconsejaron los últimos románticos: Haz tu propia vida como un poema. La Ben Plantada aconseja mejor: Haz tu propia vida como la elegante demostración de un teorema matemático. Desarrollando firmemente este propósito en lo esencial, no os den miedo los accidentes y hasta podéis complaceros graciosamente en las pequeñas curvas. Si vigiláis, conciencia alerta, el normal desarrollo de vuestra conducta, todas las desviaciones momentas se fundirán, en suma, en una larga rectitud. Sócrates podía frecuentar, sin mácula en su alba túnica de filósofo, la compañía de los retóricos, de las hetairas y de los libertinos. Así mis amigos podrán pasar por aulas y redacciones y aun por teatros y ramblas, y aun, si tan abajo quieren llegar, por tabernas y lustros, sin perder la esencial elegancia de su vida, sin enturbiamiento de su serenidad; porque llevarán á todas partes una misma primacía de los valores de contemplación, una ironía rica en indulgencias é idénticas prudencia y medida. Pero tú, dilecto, te reservarás más, en memoria y signo de haberme oído directamente. Tú has de ser ejemplo de calma y no tornarás en infiel al sentido de la proporción...

(La Ben Plantada. Barcelona-Librería Verdagner, 1911).

El amor al oficio

Con la asistencia del espíritu no hay obra que no se convierta en noble y santa. Lo es la del caricaturista, como la del hojalatero, como la del recogedor de basuras y la del que llena las fajas para mandar un periódico á los suscriptores. Hay una manera de dibujar caricaturas, de trabajar la hoja de lata y también de limpiar las plazas de estiércol y de escribir direcciones que significa que en la actividad se ha puesto amor, cura de perfección y de armonía, y una pequeña chispa de fuego personal, que no hay obra ni obrera humana en que no pueda florecer. Esta manera de trabajar es la buena. La otra, la de despreciar el oficio teniendo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es triste é inmoral... Dígame que todo oficio se convierte en Filosofía, se convierte en Arte, Poesía, Invención. Cuando el trabajador dé por él su

vida, no permitiendo que ésta se parta en dos mitades, la una para el ideal, la otra para el menester cotidiano, sino haciendo del cotidiano menester y del ideal una misma cosa, una cosa que sea á la vez obligación y libertad, rutina estricta é inspiración renovada... Hijo, hay ciertos bárbaros modernos que han inventado, para arma de sus luchas estropear intencionadamente ó hacer incompleta ó voluntariamente inferior la obra que fabrican las propias manos... Este «sabotage» es una gran blasfemia: porque el hombre jamás tiene derecho á la obra que hace: porque esta obra es superior al hombre; y el deber del hombre que trabaja es sacrificarse por su obra, y no sacrificar ésta á otros fines. El ejemplo de Bernardo Palissy nos valga contra estos males modernos.

(Número de Nadal-Epis de «Ciutat» de Tarrasa, 1911).

Metodología

Aun dentro de los más rigurosos principios del método experimental, debe afirmarse la necesidad de estar armado de un prejuicio, al comenzar un orden determinado de investigaciones. Esta afirmación que hago sorprenderá á algunos. Tal sorpresa no procede sino de un concepto erróneo crecido cuando el nombre y fama del método experimental ha llegado á cierta vulgarización, pero que no puede ser más contrario á la doctrina de las autoridades magistrales sobre la materia á la de Claude Bernard por ejemplo y á la manera de proceder de la mayor parte de los que han realizado descubrimientos importantes. Cree el vulgo leído que lo necesario para la práctica de los métodos científicos son unos ojos muy abiertos y ningún prejuicio. Mas, en la esfera de la realidad, ningún trabajador de ciencia, puesto á contar de buena fé sin virtuosismo sin malabarismo, la historia interna de sus propias adquisiciones, podrá decir que haya comenzado sin idea preconcebida el camino que le ha llevado á cada una de ellas. Pasteur es el tipo de las ideas predeterminadas, fijas, tenaces. Valga una anécdota. En la época en que era aún simple estudiante en la Normal, la Academia de Ciencias de París, recibió una comunicación del mineralógico alemán Mitscherlich, según la cual, siendo todos los caracteres químicos y cristalográficos del paratartrato y del tartrato de sosa y de amoniaco, idénticos, uno sólo la distinguía, y era el siguiente: que mientras el tartrato, disuelto, hace girar el plano de la luz polarizada, el paratartrato permanece indiferente. Pasteur, al conocer esta nota sintió que una fuerte tendencia á la oposición se despertaba en su espíritu. Díjose enseguida: Esto no puede ser. Para tal afirmación se fundaba en un prejuicio: el de dar por indestructible que una desimetría en la disposición molecular interna de una substancia química ha de manifestarse en todas las circunstancias exteriores, capaces á su vez, de disimetría. Fundado en esta idea, comenzó á rehacer la serie de experiencias del sabio alemán y pronto se encontró en estado de contradecirlas... Cuando, mucho más tarde, los dos sabios tuvieron ocasión de trabar conocimiento, Mitscherlich le dijo á Pasteur, con una sombra de melancolía:

—«Había yo estudiado con tanto cuidado y perseverancia, en sus detalles mínimos, aquellas dos sales que, si usted ha podido constatar algo que á mí me escapó, es por fuerza que le guiaba una idea preconcebida.» Pasteur respondió:—«En efecto.»

(Memoria sobre los métodos de la Ciencia. Archivada en la Diputación provincial de Barcelona, 1908).

Pedagogía

... No sabemos las cosas porque anteriormente nos hayamos interesado por ellas, sino que nos interesamos por las cosas, porque antes las hemos hasta cierto punto sabido. Y como saber las cosas no quiere decir, después de todo, sino poder recordarlas en el momento oportuno, podemos reemplazar legítimamente la anterior fórmula por la siguiente: No recordamos las cosas porque nos hayan interesado, sino porque nos interesan por el recuerdo que ya tenemos de ellas. Es decir, que el primer movimiento de la actividad mental para llegar al conocimiento de un objeto, ha de ser de índole mnemónica. La génesis de cada conocimiento humano, puede contarse así: «En un principio era la Memoria.»

Las consecuencias normativas que se sacan de aquí, rehabilitan, como necesarios, en la base y comienzo de todo aprendizaje, el esfuerzo, el dolor, la disciplina de la voluntad, sujeta, no á aquello que place, sino á aquello que desplace...

Lo que yo he llamado alguna vez la paradoja de la invención consiste en lo siguiente: De una parte, todo invento, todo descubrimiento es hijo de la casualidad. De otra parte, únicamente realizan invenciones serias, descubrimientos científicos los sabios. ¿Hay aquí alguna contradicción? No. Volvamos siempre á la concepción psicológica periférica. La invención, el descubrimiento, no son un efecto de la erudición, del continuado estudio, de la actitud vital y aun profesional, pero son su recompensa, el milagro, concebido á la larga humildad y únicamente á ella. La inspiración, la intuición genial, no son un efecto del razonamiento, pero le siguen. El mismo razonamiento no es un efecto de la memorización, no está determinado por ella, pero la sigue. Y la memorización á su vez, sin que pueda decirse que sus causas sean el esfuerzo áspero; la disciplina, la lectura, el darse á cosas por las cuales aun no se tiene amor. Sigue á todos estos ejercicios, y nace también en el momento gracioso en que, después de haber reparado una cosa dos, veinte, cien veces se le recuerda... Altiva señora es la verdad; no la poseerá nunca, quien antes no se haya arrodillado ante ella.

Pedagogos, haced arrodillar, haced arrodillar...

(La vindicación de la Memoria. En la «Revista de Educación» Barcelona, 1911).

Política: intervencionismo

Las Leyes son Normas, pero también son Armas.

(Almanach dels Noucentistas; 1911 Glosari, Passim).

—EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES—

LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España-20 sucursales con teléfono-Central: Pelayo, 44, teléf. 1,113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

Importante: La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.

SPAS

— Camisería
y Corbatería

==== Boquería - 32
:: BARCELONA ::

ESPECIALITAT —
en CAMISES á MIDA
GRAN BARATURA
==== de PREUS

Los Automóviles —
Hispano
—
Suiza

:: TRIUNFAN ::
en cuantas pruebas
= toman parte =

La Hispano Suiza

Carretera de Ribas - 279 - BARCELONA

27 rue Cavé (Levallois Perret) - PARIS

GASTROL MIRET

El Gastrol Miret es, sin duda, la mejor entre todas las preparaciones destinadas á curar las enfermedades del aparato digestivo. En efecto, sea cualquiera la causa, alivia enseguida y cura pronto y bien, por rebeldes y antiguas que sean y aunque se hayan resistido á otros tratamientos, todas las enfermedades y molestias del

Estómago é Intestinos

Absolutamente inofensivo, es un remedio que por sus efectos rápidos y segurísimos se recomienda él mismo, y cuyas maravillosas virtudes alaban con entusiasmo en todas partes cuantas personas le conocen. La compra de un frasco reporta un gasto muy pequeño y, en cambio, proporciona la satisfacción de haber encontrado un buen remedio.

A VISO: Cuantos lo deseen recibirán gratis un librito muy interesante para todos los enfermos del estómago é intestinos.

Frasco, 3'50 pesetas en Farmacias, Droguerías y Depósitos de Específicos.

GASTROL. Nombre registrado en los principales países.
Premiado en la Exposición Universal de Atenas de 1903
DE VENIA EN TODAS PARTES
NATALIO MIRET, Farmacéutico.-Verdi, 68.-BARCELONA

AGUAS MINERALES NATURALES
de la
SOCIEDAD ANÓNIMA
VICHY CATALÁN

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago, hígado, bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y **no fuentes de origen**.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º

:Cemento Portland Artificial:
ASLAND

Fábrica en Castellar de Nuch y la Pobla de Lillet
Actual producción: 240 toneladas diarias

Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN
Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos : Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria : Insustituible en obras hidráulicas :

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos : Fabricación por hornos rotatorios automáticos : Motor hidráulico por tubería forzada de 4,700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos de fuerza : Combustible procedente de las minas de la Compañía : Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad : Análisis constante de las primeras materias : y del producto elaborado :

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifré)



VIUDA DE
JOSÉ RIBAS

MOBILIARIOS DE LUJO
EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS

INTERIORES COMPLETOS

SECCIÓN COMERCIAL

MOBILIARIOS
EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS

METALISTERÍA & LÁMPARAS

OBJETOS DE ARTE

PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7
Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

OBRA NUEVA

Lo que debe saber todo Concejal

por
D. FERNANDO SANS Y BUIGAS

Abogado, Secretario del Ayuntamiento de Sarriá, Secretario del Primer Congreso Español de Gobierno municipal,

y
D. JOSÉ M.ª TALLADA

Ingeniero, Profesor de Economía Social en la Escuela Provincial de Artes y Oficios de Barcelona,

Un volumen de 452 páginas, 4'50 pesetas (encuadernado).

PEDIDOS: Centro de Administración Municipal, calle Aduana, 3, entlo.: Principales Librerías y en la Administración de CATALUÑA, Muntaner, 22, bajos,

AGUA MINERO : MEDICINAL
NATURAL : PURGANTE

RUBINAT-LLORACH

Recomendada por las Academias de Medicina de Paris y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago é intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO.—Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del **Dr. Llorach**, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y substituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —

Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach